BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL
R
969/5

Estampas Calahorranas

CONTIENE:

HISTORIA
LEYENDA
NARRACION
VERSOS Y
DESCRIPCION
DE FIGURAS

Daquino

c. 43569

I. TC.
860 - 82

Estampas Calahorranas

POR

DAQUINO

ILUSTRACIONES

DE

E. RUBIO

BIBLIOTECA PÚBLICA LOGROÑO
R. 21.850

TIPOGRAFIA BROQUETAS
CALAHORRA
AÑO 1950

GUMERSINDO CENICEROS
IMPRENTA Y LIBRERIA
LOGROÑO

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

AL LECTOR:

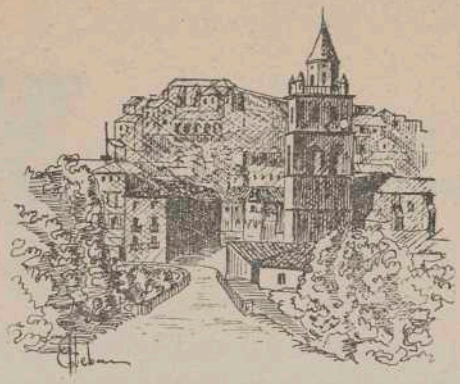
Amable lector calahorrano: Con un poco de miedo, como todo el que por vez primera se asoma al mundo inmenso de los libros, yo te ofrezco éste de ESTAMPAS CALAHORRANAS que, sobre temas diversos de nuestra querida Ciudad, he compuesto amorosamente.

Pobre y desaliñado, como hijuelo de mi estéril y desmedrado entendimiento, recíbelo no obstante, sino con cariño, al menos, con benevolencia y comprensiva indulgencia, tanto más necesarias cuanto a su natural ruindad se le une el no haber hallado un buen padrino - el clásico Mecenas - que, con rica mantilla, hubiera tapado y disimulado sus infinitos defectos.

Cubre tú sus vicios e imperfecciones con el velo de tu buena voluntad, puesto que al fin, aunque feo y desmirriado, es hijo también de esta inmortal Ciudad en donde se engendró y formó, siquiera su autor viera la luz primera bajo el cielo andaluz, hermano en hermosura y esplendor del gran cielo riojano.

Mi intento no fué otro que sacudir un poco el polvo y el olvido que yacen sobre las glorias nobilísimas de Calahorra y reavivar el cariño de sus hijos hacia tan ilustre Madre, intento que, dada la poquedad de mi valimiento, mejor pudiera llamarse atrevimiento y osadía; mas, si, como reza el adagio latino: **Audaces fortuna iuvat** *(la suerte ayuda a los atrevidos) mi audacia llegara a servir para que, cundiendo mi ejemplo, plumas mejor cortadas que la mía se aplicaren a dar a conocer y amar estas grandezas, yo con esto me tendría por bien pagado.*

DAQUINO



A Calahorra

Yo canto tu nobleza y tu hidalguía,
invicta y fiel ciudad calahorrana,
que ciñes, a tu frente soberana,
doble lauro de fe y bizarría.

Tu valor te dió gloria y señorío
y tu Fe te dió Mártires gloriosos;
tus pechos, milenarios, mas jugosos,
llenos están aún de savia y brío.

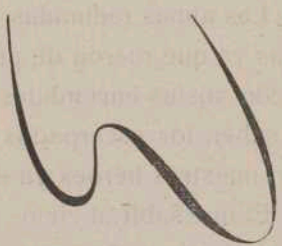
Tú siempre fuiste faro refulgente
encendido en las sombras de la vida
para servir de luminoso oriente;
fuiste terror de la africana gente,
y la orgullosa Roma, estremecida,
doblar no pudo tu soberbia frente.

Al Bautisterio de Calahorra

HIMNO DE AURELIO PRUDENCIO *(TRADUCCION)*

Por Cristo fué elegido
este lugar donde una vez probadas
las almas y en ardido
martirio ya lavadas,
por El sean al cielo arrebatadas.
Aquí la roja palma
lograron con su muerte venturosa
dando por Cristo el alma
en ofrenda ardorosa
dos soldados de sangre generosa.
De límpida corriente
fluye también aquí fontana pura
donde Cristo indulgente,
con no vista blandura,
las viejas manchas con su gracia cura.
Las almas redimidas
y limpias ya que fueron de pecados,
con ansias encendidas
suben los escarpados
atrios, por nuestros héroes ya escalados
El que subir al cielo,
morada eterna de la nueva vida,
ansíe desde el suelo

venga sediento y beba:
camino es éste que a saciarlo lleva.
Adonde en raudo vuelo
trajo el Soplo de Dios doble corona
como prenda del cielo,
hoy la gracia se dona
y el error y el pecado se perdona.
Y la tierra embebida
de esta lluvia celeste, de esta humana
roja sangre vertida,
sin cesar agua mana,
agua que lleva a Dios de quien dimana.
Este lugar sagrado
de Cristo es, de cuyo pecho herido
el cruor derramado
y el licor vertido
en prodigiosa copia han fluído.
Por las llagas abiertas
a Cristo caminad con fiel pisada,
por las sus huellas ciertas,
por la cruenta espada
salvos, o por el agua derramada.



Pregón de Fiestas

Y al beso ardiente del dorado Febo
que baña la ciudad en luz de mediodía,
como un himno de gloria,
como un mar de perfumes, como una inmensa lira
en júbilo deshecha,
brota de nuestro pueblo ruidosa la alegría.
El reloj de Santiago
ha lanzado a los aires sus campanadas rítmicas,
y al instante,
cual señal convenida,
las lenguas todas de bronce de su bella cúpula,
con leticia
exultante, incontenible, han roto su mudez
y parlanchinas
y locuelas unas, y otras, solemnes, graves,
pero de gozo henchidas,
han llenado el ambiente purísimo del Raso
con las notas armónicas de sus voces divinas.
(La cigüeña,
el ave mística,
la amante protectora del agro castellano,
la vigía
de sus torres
y su inquilina,

dejó de teclear, y, mayestática, lanzóse a los espacios,
dibujando en los aires
las líneas raras de su rara Geometría
Y al eco de Santiago
han respondido unísonas
allá junto al Cidacos, las catedralicias
campanas y San Andrés y los Mártires,
timbradas y argentinas,
cascabeleras,
como sonoras notas de gentil llovizna.
Y a estas notas del cielo
otras notas responden, abajo, cantarinas,
de bandas musicales que las calles llenan
de entusiasta alegría;
y suenan, monorrítmicas, las dulzainas clásicas
de infantil armonía,
y van a su compás marchando campanudos los gigantes
entre las chirimías,
y van a su compás bailando los grotescos cabezudos
entre la gritería
de los mozos que ríen
y los nenes que saltan y gritan y empujan y porfían
para ver de más cerca
a aquellos gigantescos figurones de magia y fantasía.
Pronto el bullicio sano
a toda la ciudad tendrá invadida,
y callará la fábrica
y el taller y el comercio y el campo y la oficina,
y el fervor duplicado
jornada tras jornada y día tras día,
deshechos ya sus diques,

saltará a las calles, de gozo estremecidas,
que vibrarán de júbilo
al paso de estas chicas calahorranas tan bonitas.
Y sus mozos garridos
atronarán el aire con canciones típicas;
y acudirán innúmeras
forasteras y ausentes, gentes circunvecinas
y el Mercadal y el Raso
y Grande y calle Mártires será una mansa ría
donde, abundosa y clara,
correrá incontenida
el agua refrescante del humor sereno
de mi ciudad querida,
que siempre en ella se besaron amorosamente
el gozo y la hidalguía
que, un día ya lejano, sus Santos le dejaron
por gloriosa divisa:
el júbilo de un alma siempre honrada
y el honor de una espada siempre invicta.

El Cid

UN DUELO FAMOSO

La segunda mitad del siglo XI, siglo de grandes conquistas cristianas, sobre todo con Fernando I y Alfonso VI, lo llena la espada triunfadora del Cid, el hidalgo caballero de Vivar.

Sobre su famosísimo Babieca, él recorrió en todos los rumbos y direcciones, el suelo de la Patria que se abría y ensanchaba a su paso redimida de las huestes y secuaces de Mahoma, al filo centelleante de su Colada y su Tizona.

Con una más clara idea de unidad, con una más decidida voluntad de continiduad histórica, de las que, en períodos felices de este siglo, llegaron a tenerse tan brillantes vislumbres, hubiéranse evitado tan repetidos desmembramientos de reinos, villas y ciudades, con su secuela sangrienta de continuas y desastrosas guerras que convertían, harto dolorosas veces, el quehacer de la Reconquista en una interminable tela de Penélope.

Si las ideas que apuntamos, hubieran estado al alcance de aquellos rudos tiempos, la célebre exclamación: "¡Dios, qué vasallo, si tuviera buen señor!" hubiera sido la expresión más acabada de este anhelo irreal.

Pero el concepto de unidad nacional, la idea de Patria, tardaría aún mucho en formarse totalmente; sólo el vínculo de la religión, la profesión de una misma fe, fué la que dió unión y mantuvo vivo el espíritu guerrero y de conquista contra el inva-

sor y usurpador mahometano, enemigo declarado del nombre de Cristo.

Por esto, el invencible Campeador, el insigne caballero de "la barba bellida que nadie mesó", después de abrillantar en cien combates la victoriosa espada que un buen día le ciñera el Rey castellano, y de abrir con su indomable acero las férreas puertas de Valencia, la ciudad encantada que se baña en aromas de azahares y en brisas del mar latino, y, que magnánimo y generoso, ofrenda a su Rey, en imponente gesto de sumisión a su "señor natural", cuando, cubierto su cuerpo con el polvo de las batallas y abrumada su alma con el peso ingente de la gloria, previó cercano su fin, vió a lo lejos que Valencia volvería a perderse, y su obra conquistadora se iría desmoronando tras el paso lento de su cortejo mortuorio caminando rumbo a Castilla.

Vió su obra acabada; pero su vida no acabó aún: para el héroe, al borde de la tumba, brota una vida nueva que irá creciendo con los siglos, la vida de la inmortalidad; y para Mío Cid, esta vida es tan real que hogaño lo mismo que antaño su espíritu sigue viviendo entre nosotros ganando batallas después de muerto y desfaciendo entuertos como el otro Caballero, el ingenioso Hidalgo de la Mancha

Sus huesos los cerró un sepulcro castellano, pero sus claras hazañas, aun en vida mortal, llenaron todas las tierras de España, tanto mora como cristiana, que se dobló reverente ante su figura colosal, desde el Rey hasta el pechero, desde los más encumbrados cadíes hasta el último muslín; y cruzó los linderos de la Patria, para cual otro Salomón, atraer reyes de lejanas tierras llevados por la voz de su fama para admirar tanta grandeza y pedirle alianza de paz y amistad.

Juglares y troveros lucharon por retener en los rudos y agrestes versos de su incipiente fabla castellana los hechos pro-

digiosos de sus proezas, y así nació el cantar de Mío Cid, la primera epopeya nacional, retablo el más acabado de la figura y de la vida del singular caballero. Diríamos mejor que esta figura inmensa, infinitamente mayor que para ser contenida en el balbuciente verbo de unos férreos pareados, salta del Poema heróico y de la Historia a los campos anchurosos de la Tradición y de la Leyenda para vivir con plenitud de vida en las llanuras dilatadas del Romancero y en los valles fecundos de la Talía de nuestros clásicos.

Envuelto en un manto de incertidumbre, pardo y oscuro como la tierra castellana, llega hasta nosotros el relato del famoso duelo que por la posesión de nuestra ciudad de Calahorra sostuvo, en nuestro suelo, el Héroe de Vivar con Martín González, "el mejor caballero que había entonces en España".

Dice el Romancero:

Sobre Calahorra, esa villa,
contienda se ha levantado,
entre el buen rey de León
llamado el primer Fernando
y Ramiro de Aragón
cuyo reino es el nombrado,
que ambos los reyes dicen
que es villa de su reinado.

Era el año 1055. Calahorra que el año anterior había sido arrebatada a la morisma por don García, rey de Nájera y Navarra, al ser muerto éste por su hermano Fernando, pasó a dominios del rey de Aragón, Ramiro I, suscitándose con ello entre ambos reyes una violenta disputa, cuya solución, al uso de aquellos tiempos, quedó vinculada a la parte de aquel cuyo caballero

quedase vencedor en el duelo que había de tener lugar en nuestra ciudad.

Los reyes han acordado
que lidien dos caballeros,
cada uno de su bando,
y el que de aquestos venciere
que su rey la haya a su mando

Y Guillén de Castro, en sus "Mocedades del Cid":

Pronuncie una espada el fallo,
dé una victoria la ley;
gane Calahorra el Rey
que tenga mejor vasallo.

Para tan singular combate fué designado para Aragón el insigne caballero Martín González, y por don Fernando, que a la sazón se hallaba en Calahorra, lo fué don Rodrigo de Vivar.

Pero el buen Cid, según refieren las crónicas, estaba de romería en Santiago de Compostela.

Aunque sea de paso, queremos notar aquí esta cualidad poco resaltada aún, pero ciertamente la más característica del héroe castellano: su espíritu profundamente cristiano. Así nos lo presenta su Poema; así lo retratan las viejas crónicas y cantares de Gesta.

La Fe más que la Patria armó el brazo del don Rodrigo y le hizo cabalgar sobre Babieca por tierras de moros y de cristianos llevando allá donde clavaba su espada campeona el triunfo de la Cruz. Su paso quedó marcado no sólo con la huella del conquistador, sino más bien por la del evangelizador. El insigne Ruy Díaz, a la vez que asedia castillos, expugna murallas, toma ciu-

dades y vence reyes, liberta cristianos, levanta iglesias, nombra prelados y crea sillas episcopales

Si como dice un ilustre escritor, Castilla nació bajo un bosque de lanzas y la paz de las cogullas monacales, el Cid, prototipo español de todos los tiempos, encarnó como nadie este doble carácter, siendo mitad monje y mitad soldado, como quería José Antonio.

Helo caminar a prisa por los campos romancescos y peregrinos de Santiago, ungido con las bendiciones de las gentes y del misterioso Grafo que le revisten de una coraza de invulnerabilidad.

Su romería cumplida,
de allí se fué a Calahorra
adonde el buen rey yacía.
Muy bien lo había recibido.
holgóse con su venida,
lidió con Martín González
y en el campo le vencía.

La Crónica del Cid y el Romancero nos hacen una viva descripción de esta celebrada contienda Frente a frente los dos caballeros, sobre briosos corceles y en presencia del rey Fernando y de los jueces de entrambos campos, se embisten con tal fuerza que, a poco, las lanzas de uno y otro saltan hechas pedazos, quedando los combatientes lastimados y maltrechos. Toman un vivo ardor con la refriega: Martín González, con aire fanfarrón y altivo, afrenta y llena de vituperios al noble castellano que responde, mesurado, con exactas razones y dando la palabra a su acero, arremete lleno de bravura y coraje a su contrario que recibe una fuerte estocada por encima del yelmo. Malherido y cubierto de sangre el de Aragón se rehace, se asegura sobre las

espuelas y a todo correr de su caballo, arremete a Rodrigo con la espada que, al chocar con furia en el escudo del Cid, rómpeselo en pedazos, haciéndolo saltar de su nervudo brazo.

Los rayos del sol se quiebran fulgurantes sobre los cascos y las cimeras, las carnes sudan dentro de las corazas y llenos de ira y de sangre, se atacan con saña redoblada. Una nueva acometida de Ruy Díaz alcanza en el rostro a don Martín, la sangre le chorrea con abundancia surcándole la faz de rojizos hilos encubridores de su extrema palidez, y una intensa laxitud invade su cuerpo, y falto de fuerzas, el infeliz lidiador vino al suelo con estrépito para no levantarse ya.

Una vez más Mío Cid había vencido, y, Calahorra, por el esfuerzo de su brazo, quedaba ganada para Castilla y para su rey don Fernando que, entre el estruendo de los que vitoreaban al Campeador, se llegó a don Rodrigo —dice la crónica— y le ayudó a desarmarse, y luego que estuvo desarmado, abrazóle mucho y salió con él del campo con muy grande gozo de él y de todos los castellanos.

EPIGRAMA

Tanto enflaqueció Cristina
que a don Blas, el buen Galeno,
acudió a toda prisa,
(que es médico para obesos)
—Toma-te— indiferente
le recetó el buen don Blas;
y mi Cristina, sin más,
tanto tomate engulló
que fué pasmo de la gente
la gordura que adquirió.
¿O es que no sabes, Cristina,
que el tomate calahorrano
es remedio soberano
para adquirir vitaminas?

Coloquio verdulero

Es-cena (o comida, como gusten) en muchos platos comestibles, digeribles y asimilables.

PERSONAJES

EL ESPARRAGO.	EL HABA.
LA ALCACHOFA.	EL AJO.
EL GUISANTE.	LA CEBOLLETA.
LA LECHUGA.	

Un huerto calahorrano.— En un arriate, bien mullido y regado, vegetan estas verdes y frescas criaturas. Acaba de marcharse el hortelano llevándose todo lo más lucido que ha encontrado.

—El Espárrago.—(Asomando, medroso, la cabeza por la esponjosa tierra, blanco como la cera, y poniéndose de pie—si tiene cabeza, tendrá también pies—al ver que se ha ido el hortelano) ¡Esto es horrible, queridas vecinas! He pasado un susto atroz Figuraos que el hortelano ha estado escarbando a un palmo de mi. ¡Inhumano, quiero decir, imbotánico; no nos deja levantar cabeza! Tiene una crueldad exquisita: nos ablanda y mulle la tierra, nos abona y riega, nos cava y bina, no permite que nos dé una sombra; y cuando nosotros, caldeados en el seno de la madre Tierra y crecidos con sus cuidados y mimos, queremos asomarnos al mundo, viene él codicioso y nos arranca sin compasión.

La Lechuga.—(Risueña y fresca como el rocío de la mañana) ¡Húndase en el suelo y calle el tímido Espárrago, que yo prefiero mil veces verme deshojada y salada recreando paladares, que mustia y ajada, secarme sin pena ni gloria encima de un caballón!

El Ajo.—(Aparte, con aliento acre y picante) ¡Impúdica coqueta, ruina de legumbres y hortalizas, de aves y de animales acuáticos y terrestres! Rociada con pimienta, vinagre y aceite, tú excitas con tu frescura detestable, el paladar humano para engullirnos a todos. Menos mal que, como a las mujeres, cuanto más quieres brillar luciendo tus rizados y blancos perifollos o descubriendo tus blancas interioridades, más te desprecian y te rechazan Aprende a ser recogida y compuesta, si quieres gustar y recrear.

La Alcachofa.—¡Y se pone hablar el señor bulboso!, siendo él el mayor estimulante del apetito! Hubo un tiempo en que el Ajo estuvo desterrado de la cocina por antisocial; pero ¡hoy!, hoy, su cabezuela verde o seca, rueda mordaz y picaresca por dondequiera. Cocido, frito, asado, picado, machacado su aliento cálido y fuerte, se nota en todos los platos y todas las mesas: en la sopa y en la salsa, en el potaje y en el estofado, junto al pescado y al filete, en el orondo pavo y en el huevo nutritivo, veréis su acre dientecillo despertando el voraz apetito como quizá no lo supo lograr nunca ni el apio ni el peregil.

El Haba —(Asomándose dentro del pijama de la vaina) ¡Parece que defiende a la Lechuga la señora Alcachofa! La ha visto tan tierna, tan blanca, tan refrescante, que, claro... (1) pero no

(1) En el reino vegetal, ya saben nuestros lectores que no rigen nuestras mismas leyes para las relaciones amorosas y sexuales, e incluso se discute si la Lechuga pertenece o no al sexo masculino,

olvides que otros hijuelos tuyos han perdido ya la cabeza por ella.

La Alcachofa —(Levantando sus apiñadas cabezuelas) ¿Por ella? ¿Qué dices?

El Haba —Sí, por ella. Cuando vino esta mañana el hortelano, oí que decía: ¡Vaya unas cabecitas tiernas! Bien rellenas de carne con manteca van a estar deliciosas. ¿Un poco grasientas? La ensalada de lechuga y cebolleta nos las harán pasar por la tragadera. Y te cortó las cabezas que te faltan.

La Cebolleta —(Ha permanecido hinchada y ufana con sus verdosos tallos estirados; y al sentirse nombrar, ha asomado un poco su turgente cabeza a través de la fresca tierra de un camellón) ¡Otra vez zarandeada la pobre Cebolleta! ¡Estoy ya verde! Ni en el seno de la Tierra me dejan reposar mis amigos; ¡vaya V. a ver qué harán mis enemigos! Es inútil ya hacer el bien. Yo pago en dulzura los riegos que me dan, en lozanía y gordura sus cuidados y desvelos, y ellos, injustos, me cortan los tallos, me aplastan, me retuercen, y ávidos de gozar de mi carne tierna y sabrosa, me arrancan sin piedad antes de tiempo, y me martirizan de mil formas. Lo que ellos llaman condimento exquisito no es para mí más que un terrible martirio.

Me fríen, me cuecen, me pican, me machacan, y hasta hay algunos tan cebollífilos, tan imbotánicos que me quitan la sutil gasa que cubre mis rosadas carnes y me devoran así, en carne viva

Y todo esto por que les gusto. ¡Menguada manera de gustar! ¿Porqué no se comen ellos entre sí, ya que mis oídos están duros de oir: ¡cuánto me gusta fulanita, cuánto me gusta menganito! ¡Pobre de mí...! ¡Si yo pudiera...! Pero yo no puedo más

que picar alguna vez *(Y la Cebolleta ha roto en llanto)*

La Alcachofa, el Espárrago y el Ajo.—*(En presencia de la malherida Cebolleta, no han podido contener las lágrimas. A media voz y restregándose los ojos)* ¡Tan tiernecita, y cómo hace llorar!

La Lechuga.—*(Más fresca que una ídem)* ¿Qué os pasa, suave alcaucil, macarrón terroso, Ajuelo picarón? ¿Os hace derramar lágrimas la Cebolleta? Es su gran defecto; nadie la quiere por eso.

El Haba.—*(Seca, enjuta y presumida)*. Déjalos, son unos críos blandengues Mucho poder diurético y antihipocondríaco, que dicen los vegetarianos, y luego... Mírame a mí. Yo soy ya vieja y tengo la carne más dura aún que la piel; no me ablanda ni un balazo; nadie me toca ni me coge. Si hacen dos días de sol, saltaré de esta camisa de fuerza que me aprisiona y ¡a volar y rodar por ahí!

El Guisante —*(Que hecho un ovillo ha estado como dormido dentro de su túnica amarillenta)*. No hable con mucho descoco la infatuosa Haba, que corren tiempos muy calamitosos ¡Pobre ignorante! Ya pasaron aquellos tiempos dichosos en que apenas si se acordaban de nosotros. Pero hoy; hoy te buscan una y otra vez; te palpan cien veces a ver si estás ya granado, te tocan, te miran te remiran. No te fíes de tu dureza que los dientes de los hombres, de los hombres ¿oyes? están tan agudamente afilados que te trituraran con fruición. Te podría yo contar la historia de unos parientes míos, garbanzos duros como piedras que tuvieron que ser majados en el almirez de cobre antes de poder ser engullidos...

El Haba.—*(Interrumpiendo, incrédula)* ¿Y cuál es la causa de tan extraña voracidad?

El Guisante.—¿A mí me lo preguntas que soy el más menudito de la huerta? Pregúntaselo a la Alcachofa, de tantísima cabeza, o a la Cebolleta y el Ajo que «saben» tanto. Yo solo sé decirte que antes me aderezaban que daba gusto *(a lo que decían; yo, naturalmente, nunca me probé, pero el olor que exhalaba era riquísimo)* Hoy me guisan y avían de cualquier manera, sin condimento alguno, y me comen hasta crudo, así, al natural.

La Alcachofa.—*(Corroborando)*. Es verdad, a mí me sucede igual. Me comen sin guisar desde la primera penca que, naturalmente, como nosotros vivimos en el campo, se nos pega barro y otras inmundicias; yo me endurezco, me pongo agria, le ensucio los dientes, pero todo en balde.

El Haba.—*(Que como anciana, quiere hacer alarde de ciencia y erudición)* ¿Pero eso será sólo aquí en Calahorra donde se estará padeciendo un nuevo período de la famosa «fames calagurritana!»

El Guisante.—*(Que por lo visto es también muy sabroso)* ¡No, no! en Calahorra, y en Bilbao y en Burgos y en San Sebastián. Lo sé muy bien... ¡Viajamos tanto!

La Lechuga.—*(Que ha perdido el rocío que salpicaba su cogollo y se ha puesto lacia)* ¡Vamos callad ya, que me estoy poniendo mustia, y luego me despreciarán por aburrida.

El Espárrago.—*(Blando, galante)* ¡Qué rica! ¡Siempre igual de sedante y deliciosa!

La Alcachofa.—*(Irguiendo su cabezuela de apretadas pen-*

cas). Hermanos, ¿qué haremos para librarnos de la voracidad humana?

El Ajo y la Cebolleta han inclinado sus tallos, cabizbajos; el Haba y el Guisante, arrugados y pensativos, se han escondido en sus celdas; el Espárrago, un poco rojo, ha doblado su linda cabecita sobre el caballón polvoriento y la Lechuga, con sus finas sedas rizadas y marchitas, se ha dejado caer desmadejada y lánguida. Un gorrión se ha puesto a picotear en sus tallitos, ha avizorado una hormiga y ha volado a cazarla... Y el Sol, con amoroso ardimiento, ha besado toda la vega calahorrana con un beso encendido y vivificador.

EL GOL - Soneto

De pie a pie, inquieta, la pelota
botando va del uno al otro lado;
un defensa, con ímpetu, ha chutado
y un medio, enemigo, la rebota.

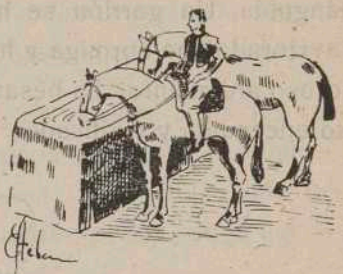
Vuelve al medio del campo; un cabezota
inicia un avance de costado
que veloz un extremo ha cortado
con límpido despeje de su bota.

Rueda el balón a la contraria meta;
éste combina a aquél, otro lo aleja
y zumba por los aires cual cometa;

tómalo y chuta, ágil, un atleta,
y envuelto en las mallas nos lo deja,
mientras yace, en el polvo, el guardameta.

El Planillo de San Andrés

LA HORA DE ABREVAR



Las calles y las plazas como las personas tienen su fisonomía propia y, como en el hombre, este aspecto, este semblante de las cosas, varía según las circunstancias. Diríase que ellas son también seres animados que reflejan en su rostro las impresiones que reciben.

A veces, nos llama poderosamente la atención una calleja la fachada de una casa. la silueta de una torre por delante de las cuales habíamos pasado antes, muchas veces, indiferentes; ha bastado mirarlas de diversos puntos de vista, en distinta ocasión, en otro día o en otra hora a la en que solíamos verlas para que nos parezcan nuevas, con rasgos inapreciados, con matices desapercibidos.

El Planillo de San Andrés, a las cinco de la tarde, de esta tarde invernal, está triste y solitario. El "astro" ha estado templado y apacible, y las comadres, cogiendo sus tabaques, han podido tomar a placer, el sol en sus solanas, pero he aquí, que de repente, una espesa nube les tapó el sol, sobrevino un desagradable vientecillo y, entre muecas de enojo y refunfuños de

disgusto, las buenas vecinas hubieron de recoger sus bártulos y meterse a prisa en sus hogares. Y la Plazuela bajo la sombra siniestra del nubarrón vagabundo, ha quedado desierta; desierta y melancólica.

Se oye el monótono canturreo de los niños, en la escuela parroquial, que, con voces desacordes y agudas, repiten la tabla de multiplicar; luego callan un momento; confusamente percibimos palabras aisladas; suena un golpe seco, seguido de estruendosa carcajada que, imperante, corta la voz del maestro, y luego, silencio, un silencio expectante, embarazoso; y de nuevo la voz del maestro que dicta:

Cuando a las puertas de la noche umbría

. . . . . .

la tarde melancólica y serena...

He mirado con ahogo a mi alrededor y, como Selgas, yo también he sentido la tristeza de esta tarde serena.

Una bocanada de viento ha recogido las hojillas secas, caídas de unas acacias desnudas y raquíticas; las ha traído y llevado, zarandeándolas y mezclándolas con unos trocitos de papel y un trapo sucio, y soplando, soplando, las ha dejado arrinconadas en un recodo de la Plazuela.

Por un extremo, ha aparecido un hermoso gallo de encarnada cresta; por otra esquina, veo aparecer una enorme cerda de vientre flácido y arrugado como los pliegues de un acordeón. La siguen tiernos lechoncillos que gruñen a coro, a su alrededor. La cerda va de acá para allá hozando y resoplando con fuerza. Ha llegado donde picoteaba el gallo, el cual, sintiéndose invadido en sus dominios, ha levantado altivo la cabeza y, rápido, ha descargado uno, dos, tres picotazos en las orejas lacias de la marrana, y a todo escape, ha huído cacareando. La cerda dando un fuerte gruñido, ha alzado agresiva la testuz, mas al verse sin

enemigo a quien combatir, ha dudado un momento, echando luego a correr con un ligero trotecillo; y los lechoncillos, un poco distanciados, han escapado brincando tras la madre.

El Planillo ha quedado más solo aún. La cigüeña de la torre de San Andrés, que contemplaba extasiada el mustio paisaje, ha estirado las patas, y con breve castañeteo, se ha tirado al espacio describiendo un semicírculo en el aire. Y como si su vuelo fuera anuncio de mal agüero, yo me he puesto más triste, he sentido un sutil estremecimiento de angustia y, a largos pasos, he desaparecido por la Puerta del Arco.

II

No ha pasado aún una hora cuando el azar me ha hecho pasar otra vez por el Planillo y, ¡oh prodigio de la naturaleza! todo lo encuentro cambiado, todo se me hace atrayente y risueño, todo se me presenta a los ojos con tonos y colores nuevos, como si en tan breve período de tiempo hubiese mudado su faz. Pero su aspecto es el mismo, la misma escena que he contemplado tantas veces, y sin embargo, nunca he sentido esta misma emoción.

Los chicos, terminadas las clases, corren y saltan por la Plazuela. La nube "envidiosa" ha desaparecido, y el sol, cariñoso y galante, manda a las mujerucas de la tarde, su postrera sonrisa, una sonrisa tenue y pálida, pero más dulce, más tibia, que se apega a la torre, a los tejados, a los muros, al suelo; y que al mezclarse con el polvo que levantaban los chicuelos, formaba una nubecilla dorada de irisaciones caprichosas en la que se veían flotar diminutos corpúsculos misteriosos que presentaban extrañas figuras Los objetos, vistos a su través, parecían haber adquirido formas nuevas, y hasta el aire de la tarde, tibio a su contacto, rozaba la cara con una caricia suave.

A los gritos de alborozo de los niños y a la charla animada de las mujeres al pie del muro del templo, se ha unido poco a poco, el vocerío y la brega de los que vienen del campo y se paran para dar de beber al ganado.

Pronto la Plazuela ha quedado invadida de un sordo rumor de herraduras que resbalan sobre la pedriza, de voces de de ención o excitación a caballos y mulos, de llamadas acariciadoras para acercar las bestias al abrevadero y animarlas a beber.

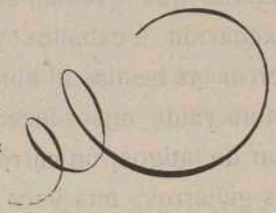
Con un ruido ensordecedor, entre interjeciones de estímulo y restallar de látigos, un carro ha subido a la Plazuela rebotando sobre los guijarros; una vaca que esperaba el turno de abrevar, al ver que su ternerillo se le separaba unos pasos, jugando retozón, ha elevado amorosa la cabeza, ha lanzado dos largos bramidos quejumbrosos y avanzando sobre la cría la ha olido con ternura, mientras que de sus enormes bezos, han empezado a chorrear hilos de baba viscosa y blanquecina.

El sol, que ya no colorea, sigue brillando aún en las rejas de los arados, en los rastrillos y en las azadas, que, como armas las más nobles, afiladas y relucientes del duro batallar con la tierra, cuelgan de las angarillas y de los aparejos de las caballerías.

Y ya las mujeres que tomaban el sol han regresado a sus casas, y los mocetes impedidos por los animales en sus correrías, discuten en un rincón, con algazara, el resultado de sus juegos

Lentas, pausadas, solemnes, de la torre de San Andrés, han caído unas campanadas recordando el momento de la plegaria vespertina; un viejo labrador se ha quitado con reverencia la boina, y en el portal de un ancho portalón, una viejecita, dulce y limpia, ha hecho la señal de la cruz y, juntas sus manos sarmentosas, se ha puesto en oración.

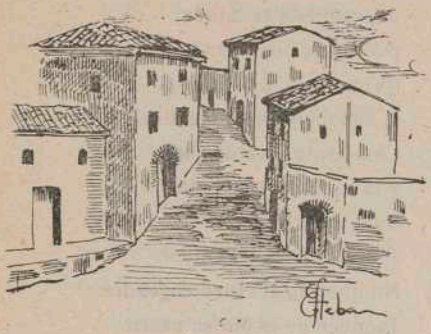
Arrabalera



¿Por qué te humillas
de ser arrabalera,
linda chiquita?
si es tu calle más maja que cualquier otra,
si es la más típica.
Como un lazo de seda
con muchas cintas
que son sus callejuelas
breves y pinas,
nace en la catedral
(tierra bendita)
y va devota a reclinar la testa
a un florido vergel: las Carmelitas.
Es de pies a cabeza
tu calle, niña,
una buena cristiana.
¿Por qué te humillas
de ser arrabalera,
linda chiquita?

Es recatada y noble,
noble y sencilla,
pues sabe que el bullicio y el alboroto
no da alegría.
Es tu calle un remanso
de paz y dicha
donde crecen los mozos fuertes, lozanos.
donde crecen las mozas frescas, garridas.
¿Por qué te humillas
de ser arrabalera,
linda chiquita?
¿Sientes quizá rubores
por campesina,
si es la tierra fecunda
fuente de vida,
manantial de riqueza,
flor de poesía.
¿No gozas cuando ufana del "peazo" vuelves
con dos rosas pintadas en las mejillas,
cansada y sudorosa,
pero festiva,
repleta el alma pura de dulces goces,
repleto el ancho cuenco de la hortaliza,
de frutos olorosos
de melón y sandía?
¿No gozas cuando el grano
en la era brilla,
o rubio, como el oro, chorrea el vino
de las canillas
al panzudo barril?
¿O en las noches de Julio y de Septiembre,

cuando tú, cantarina,
al son de castañuelas y de sonajas,
saltas y brincas,
mientras la luna clara te va siguiendo
amarilla de envidia;
o mientras que los mozos
en las llamas triscan
de las rojas fogatas
de San Miguel al pie de la hornacina?
Me dices, pues, luego,
¿por qué te humillas
de ser arrabalera,
linda chiquita?
No vayas tú detrás de lo que luce,
no vayas tú detrás de lo que brilla;
que hay manzanas doradas por defuera
y por dentro podridas;
aguas, al parecer, claras y puras,
y que están corrompidas;
nueces, que crees llenas,
y están vacías,
y almas que en vez de paz, sólo dan guerra
y llanto tras la risa,
y donde buscas vida hallas muerte.
¿Por qué te humillas
de ser arrabalera,
linda chiquita?



Romance callejero

Teresita y Alfonso
han vuelto de la escuela
como dos gorriones
a quienes se da suelta.
¡Y con qué ansia devoran
su sabrosa merienda!
—Mañana—anuncia Alfonso—
ni yo ni mi hermanita
vamos a *dir* a escuela.
Don Severo, el maestro,
que es severo de veras,
púsonos tal lección,
nos ha echado un tema
que ¡cómo va a andar lista
mañana la palmeta!
¿Porqué no nos la explicas
tú? Anda ¿Quieres, Abuela?
Tú que sabes tantos cuentos
y tantas historias bellas.
Anda, que ya te escuchamos
sin mover brazos ni piernas,
y a la postre, te daremos
muchos besos de a peseta.
—Mas, hijos, ¡de qué se trata
que tanto os amedranta?
¡Vamos a ver, explicaos,
inapreciable pareja!
—Cuéntaselo tú, Alfonso.
—Cuéntaselo tú, Teresa,
que yo estaba distraído.
—Pues, *na*, que el señor maestro
y lo mismo la maestra
desean que cada uno
llevemos mañana un tema
en que se expliquen las calles
con que Calahorra cuenta;
pero no enumerándolas:
Mercadal, el Sol, Laseras,
no, sino contando algo
de cada una de ellas;
y nosotros no sabemos
de eso, pero ni una letra.

—¡Yo no soy Alfonso El Sabio!
—¡Y ni yo Santa Teresa!
—Pero tú nos lo dirás,
¿verdad que quieres, abuela?
Y la dulce viejecita,
—hilos áureos su cabeza,
nácar y nieve sus manos
arrugadas por las penas
que el humano vivir brota —
abrió su boca de perlas
(no por sus dientes de oro,
mas por las cosas que cuenta
y a sus nietos mientras comen
les habla de esta manera :
Era una vez que se era...
¡Ah, perdonad, que no es cuento
de lo que trataba el tema;
LAS CALLES DE CALAHORRA:
¿Habrá cosa que yo sepa
decir? Bueno, suponed
que un gran árbol semeja
nuestro pueblo, y cada calle
es una rama tremenda;
su tronco es de Santiago
la bella y grandiosa iglesia
de cuya savia brotaron
Santiago, cuidada y fresca,
primero, y pedregosa,
cuando camina a Laseras,
con su calleja Pilarte
sinuosa y recoleta;
la de Oliván, millonaria,
la de Toriles, parlera,
Carreteros. campesina,
Pastelería, festera,
la concurrida Mayor
por la que Aníbal subiera,
con San Antón y la Paz
sus simpáticas callejas:
la primera, bulliciosa
de los pies a la cabeza,
pues tiene unas cantinitas...
(¡Victoriano, a la tarea!)
y, aunque parezca mentira,
Casa Santa nace de ella;
y la segunda, tranquila,
como su título reza.
¿Nace La Paz del Olivo?
No que ella al Olivo engendra.
También de la Mayor nacen
Las Navas y la Plazuela
de la Verdura, el Portillo
y del Postigo la Cuesta.
Pero el punto estratégico,
el lugar donde se pescan
a cientos los resfriados
y pulmonías a docenas,
es en la célebre esquina
frente Achútegui la tienda;
allí reina un vientecillo
y un frío, vamos, que pela;
ahora que de los catarros
tres cuartas partes son hembras,
porque los hombres se tapan
la boca, y ellas... las piernas
y ¡aun se ve cada cosa!...
bueno, la falta de tela.
Y luego va el Coliseo
y la calle Grande, abierta,
con sus porches, su comercio,
su tráfico y sus parejas
paseando.. Oye, abuela;

¿No es *mayor* "mayor" que grande
¿Pues cómo aquí es más pequeña?
¡Oh, bien está tu pregunta,
pero el contestarla cuesta
mucho tiempo. Prosigamos
paseándonos por ella,
y luego por la del Sol
que está de luz siempre llena;
y por la calle Pastores
que si no es hija es nieta,
y por la Cuesta del Río
de Mediavilla cabeza,
del Matadero y Bebricio,
y Cavas a la derecha,
que sale como una riada
dejando a diestra y siniestra
a José María Adán,
y la de don Justo Aldea,
la de Tilos, solitaria,
y la Concepción, pequeña;
y allá se va cuesta abajo
desgreñada, descompuesta,
para dar en la Estación
y marcharse a otras tierras,
a no ser que arrepentida,
por el Mercadal se vuelva
y medrosa de ser vista
por la gente que pasea,
se cuele por el Teatro
más escondida y discreta . . .
—¡Pero, abuela, con la gente . . .
—Calla, Teresica, inquieta,
que no he terminado aún:
. . . si no es domingo ni fiesta.
Y viene calle los Mártires
la más amplia y la más buena,
¿con Bancos en cada esquina.
con Clubs, Casinos, etcétera;
tiene aire modernista
y por lo mismo es locuela,
y en sus ansias de correr,
se va por las carreteras
—Logroño, Arnedo, Murillo—
anchas, aireadas, rectas,
con hijas sin bautizar
y casas allá dispersas:
unas de paja y de lata,
otras grandes y soberbias;
tienen por ley el bolsillo,
mas no una misma regla.
—Abuela, las otras calles
que por referir te quedan
son también de Santiago
hijas, sobrinas, o nietas?
—Hija, no las ví nacer
mas tened por cosa cierta
que Raón y Cuatro Esquinas
toman su origen de ella;
y de la segunda quiero
que anotéis con tinta buena
que se llama *Cuatro* Esquinas
pero tiene una docena.
Aunque esto de los nombres
bueno es no tenerlo en cuenta,
porque en la calle de Sastres,
estrecha cual unas tijeras,
hoy ya no se hace un traje,
ni se despachan recetas
en la Plaza las Boticas,
ni ya se vende una acelga
en la Plaza la Verdura . . .
Mas siguiendo nuestro tema,

creo que las otras calles,
si de ella no nacieran,
a ella deben su origen
o a San Andrés y a la bella
Catedral, puesto que aquí
las calles son como acequias,
las calles son todas ríos,
que salen de rica vena,
que unas veces son conventos
y otras veces son iglesias.
Y así la calle Enramada,
el Alforín, las revueltas
del Portillo de la Rosa,
San Andrés, larga y pareja,
de aquí tomaron sus aguas,
o bajaron presurosas,
para tomarla más fresca,
el Morcillón y el Cabezo,
la Carcaba y las Cuestas
de Rufo, Monjas, Curruca
y Catedral, las callejas
de Zoquero y de Villodas
y San Sebastián revueltas,
y el Palacio, fría y seria,
para por el Arrabal
venir a la fuente aquella
que brotó en el sitio mismo
donde los Santos murieran.
Donde ellos dieron su sangre
nació una fontana eterna
de aguas vivas y claras
que fecundando la arena
alzaron la Catadral
—un relicario de piedra—
Seminarios y Palacios,
templos y casas benéficas,
subieron por las pendientes
hechas calles sus veredas,
y ganando la llanura
han llenado la meseta
de rúas limpias y sanas,
de casas nobles y bellas,
hasta formar Calahorra
esta Calahorra nuestra
que la edificó la Fe
pero que hoy altanera,
o necia, escapa pródiga
cual si nada le debiera . . .
El relato ha terminado
—dijo cansada la abuela—
y como por lo que veo
tampoco os queda merienda
y estáis ya reventando
por dar al aire las piernas,
¡que aproveche la lección,
cuidado con las palmetas
y venga lo prometido:
muchos besos de a peseta!

Becquerianas

I

Como un lirio purísimo del campo,
un día te ofrecí mi corazón;
su belleza admiraste con deleite
y aspiraste su olor,
y al momento, hastiado de su aroma,
cual si fuera una flor
que luego de aspirada se le arroja
mustia ya y sin valor,
ajado lo tiraste a la calle.
Dime: ¿es eso amor?

II

Soñé que me querías y me besabas,
prometiendo de amarme siempre más,
y luego desperté
para llorar, insomne, tu frialdad,
y he pensado después de haber sentido
tu desamor fatal:
¡Oh, si hubiera soñado siempre en ella,
sin jamás despertar!

III

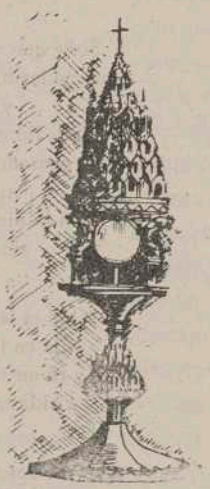
—¿Qué es la vida? - un día me dijiste,
fija en la mía tu pupila azul;
y tú me respondiste con un beso:
—¿La vida?... Para mí ¿no lo eres tú?

IV

Con un beso ardoroso como un ascua,
amor eterno me juró Ella ayer,
y hoy ya la veo, caminar con otro.
¿Podré saber,
triste corazón mío maltratado,
podré saber
quién fué aquella persona fementida?
—¡Una mujer!

La Custodia Catedralicia, regalo real

Al son radiante del mediodía, toda la ciudad aparece vistosamente engalanada. Desde el ventanuco irregular, a modo de tronera, de la casucha tosca y ruin, hasta los prominentes balcones de rica forja de las casonas señoriales, en cuyas fachadas se ven viejos escudos de nobleza, la devoción y la fe han puesto una señal de piedad.



La antigua alfombra o el rico tapiz, cuidadosamente doblados en el fondo del arca, lo mismo que la ben bordada colcha o descolorida cubierta han visto, al fin, la luz del día, y se exhiben ufanos y gallardos, muellemente ondeados por el suave vientecillo mañanero.

Es la fiesta del Corpus Christi. Las calles alfombradas de juncias y plantas aromáticas, señalan el itinerario a recorrer por la procesión; se ven niños y niñas con níveos trajecitos y y mantos de vagorosas gasas; pasan estandartes y guiones, seguidos de grupos de cofrades, campesinos y obreros, los unos; industriales, comerciantes, empleados, los otros; todos luciendo su mejores galas. Y en sus labios abierta la flor de la sonrisa, parleras y bulliciosas, cruzan las mucha-

chas dejando tras de sí la huella perfumada y cantarina de su eterna primavera.

Todos se encaminan a la Catedral de donde partirá la procesión. Voltean joviales las campanas, óyense cantos de coros infantiles, y la comitiva se pone en marcha entre el desfile de cruces y pendones, cofradías y hermandades, susurro de oraciones y flamear de cirios.

De los tubos metálicos del órgano, como de un torrente abierto en cien cascadas, surten ríos de armonía que llenan el templo y cesan de sonar de repente, cuando en doble fila, traspasan el umbral catedralicio venerables sacerdotes de albas vestiduras portando a hombros, en rico y plateado templete, el sagrado Ostensorio, seguido de la figura plácida y serena del señor Obispo al que rodean ministros de áureas dalmáticas. Suena el Himno Nacional, y el pueblo, de rodillas, adora reverente a su Señor que en un exceso de amor y de humildad insondables, se hizo pan de vida y hostia de propiciación.

El canto litúrgico rompe el silencio emocionado de los fieles, y la procesión empieza lentamente a subir por la Cuesta de la Catedral entre las estrofas profundas y solemnes del Angélico, que canta a su Guía y Pastor y el rezo devoto de la comitiva, ovejas leales de su rebaño, al tiempo que los rayos encendidos del sol hacen brotar reverberos de luz sobre la plata de la Custodia, el oro de las vestes sacerdotales y las cruces argentadas de los pendones ondulantes.....

Esa rica Custodia que has visto cimbrearse con toda majestad como estremecida por el Señor que lleva—me ha dicho mi amigo, mientras la procesión ascendía la Cuesta—tiene una bella e interesante historia acaecida en nuestra Ciudad.

Y me contó:

El siglo XIV, en su segunda mitad, presenciaba aterrado la

vesanía cruel del rey don Pedro que señalaba su paso con un reguero de sangre y una estela luctuosa de crímenes nefandos.

Aun no se había extinguido el rumor de las plegarias ni el eco de las honras fúnebres por la muerte del rey Alfonso XI, su padre, cuando ya la poderosa señora doña Leonor de Guzmán, mujer ilegítima del monarca difunto, pagaba con su vida el amargo pesar de la verdadera Reina que así vengaba su odio y el deshonor de aquel amancebamiento vergonzoso.

Comienzo doloroso de aquel cruento reinado, fué éste el primer chispazo, presagio funesto del negro torbellino que se cernía sobre el deshecho suelo de Castilla; turbio torbellino y tormenta, preñados de siniestros nubarrones de odio y de venganza, de lujuria desenfrenada, de sospechas y recelos, y de negras y aviesas intenciones que, al chocar con furia en las cumbres enhiestas y borrascosas de los nobles, en las ambiciones desmedidas de privados y señores y en las altas intrigas palaciegas de príncipes y caballeros, estallarían con estruendo, en guerras y muertes sangrientas, en violencias exacerbadas, en destierros y revueltas.

La incontinencia del Rey, que la saña realmente femenina de la madre y la índole fogosa del hijo quisieron borrar con la sangre noble de doña Leonor, había retoñado más pujante aún en don Pedro, cuyos actos de lujuria escandalizaron a Castilla y trajeron turbado al reino. Al par que contrae nupcias con la excelsa princesa, doña Blanca de Borbón, de real sangre francesa, corre torpes aventuras de amor con la soberana belleza de doña María de Padilla, avispero que fué y almáciga de sediciones y contiendas.

Con falaces y mañosos artificios, con engaños y coacciones, consigue más tarde desatarse del lazo matrimonial con la Reina, para casarse de nuevo con la hermosa y recatada dama, doña

Juana de Castro, que, luego de saciada su pasión, repudia y abandona al día siguiente de su boda.

Y siguen los reales devaneos, mientras que la santa y desdichada Reina, de prisión en prisión, fué recorriendo el doloroso Calvario de su vida hasta que los muros de un castillo andaluz ahogaron su último suspiro.

No más segura que la honestidad de las damas y doncellas estuvo la vida de sus súbditos. El furor de su espada no perdonó deudos, ni parientes, señores ni vasallos, sexos ni dignidades: desde doña Leonor a don Fadrique, tía y hermano; de Alonso Coronel, señor de Aguilar, a Alonso de Alburquerque su ayo, primero, y después su privado.

En nuestra vecina ciudad de Alfaro, una leve sospecha de desafecto costó la vida al clarísimo varón Gutiérrez de Toledo, Comendador de Castilla y persona de su plena confianza.

Los que hoy gozaban de su amistad y privanza, caídos mañana de su gracia, tenían que huir presurosos para evitar los golpes de su ira.

A su antojo, ponía y deponía en títulos y cargos; daba y quitaba puestos, desterraba Obispos, desdeñaba consejos y embajadas papales, al tiempo que combatía con suerte varia, dentro y fuera del reino.

¡Quién diría que aquel apuesto y elegante príncipe, de elevada estatura, rubios cabellos y tez blanca, blando al parecer de carácter, podría desencadenar y sostener, indómito e impávido, aquella descomunal tormenta!

Su vida fué un continuo batallar, una pelea a brazo partido contra la avaricia y altivez insaciable de los nobles y señores, contra los vicios y pasiones de aquellos duros tiempos —quizá fueran los suyos los mayores—, lucha sin cuartel, sañuda, fratricida, que no acabó para él sino cuando en pugna cuerpo a cuer-

po, con su bastardo hermano don Enrique, cayó bajo el cuchillo de éste, allá en el castillo de Montiel.

Y un episodio de esta lucha, tal vez el más notable—continuó mi amigo—es el que tuvo por escenario a nuestra ciudad de Calahorra.

Era el 16 de Marzo de 1366. Don Enrique, que aspiraba al trono de su hermano, auxiliado por el rey de Aragón, y, según refieren los historiadores, con gran acopio de tropas extranjeras, a cuya cabeza venía el famoso caudillo y aventurero Duguesclín, el de las Compañías Blancas, entró en Castilla por Alfaro, y avanzó sobre Calahorra cuyas puertas le fueron franqueadas con alborozo. Su Obispo, don Fernando, y el gobernador de la Plaza, Fernán Sánchez de Tovar, pagarían más tarde la entrega de la Ciudad, el uno con el destierro, el otro, con la muerte de su hermano.

Habíamos subido la Cuesta de la Catedral y coronábamos la costanilla de San Francisco para proseguir tan interesante narración, paseando por el Rasillo, un tanto apartados del clamor ruidoso de las campanas de Santiago que volteaban al paso del Señor.

Y mi amigo añadió:

Aquí se trató del rumbo de la guerra y de la elección del nuevo Rey. Don Enrique vacilaba y se resistía a ser nombrado. Tomó entonces la palabra Duguesclín, y, con abundancia de fuertes y poderosas razones, intentó persuadirlo a que se proclamara luego rey frente a su hermano Pedro, como el medio más conveniente y eficaz para llevar a feliz término la guerra y libertar a Castilla de la tan cruel opresión y tiranía a que estaba sometida.

Los jefes y caudillos con los soldados y pueblo que asistían a la magna asamblea, acogieron con aplausos las palabras del

guerrero y rodearon a don Enrique, aclamándole por Rey.

Tal vez el lugar que ocupan esos viejos paredones ruinosos donde según parece estuvo situado el "Palacio del Rey", y esta misma explanada recogieron las ovaciones ardorosas de aquella multitud que, llena de júbilo, entre el estruendo de sus recias armaduras y el centellear alegre de sus cascos y corazas, a la clara luz del día, alzaron sus pendones y sus espadas mientras atronaban el espacio los gritos de:

¡Castilla, Castilla, por el rey don Enrique!

Así pues, en Calahorra y con la aprobación de toda la ciudad que se adhirió al partido de don Enrique, fué proclamado éste por nuevo rey de Castilla; ¡pero cuántos reveses no experimentaría aún antes de que la corona se fijase con seguridad sobre su rubia cabellera!.

Mas lo que no le concedió el filo de la espada, alcanzólo su ánimo generoso y afable, su trato abierto, su carácter bondadoso y cordial.

Fué tan dadivoso para cuantos le ayudaron en sus empresas que su nombre paso a la historia con el honroso de El de las Mercedes.

El gesto de nuestra Ciudad perduró para siempre en su magnánimo corazón, y, como testimonio perenne de su gratitud hacia Calahorra, donó [1] a la Ciudad esa rica y bella Custodia que recorre en estos momentos nuestras calles, asiento y escabel de aquel Rey de reyes que da los tronos y los quita, y que gobierna a todos sus súbditos con cetro de misericordia y amor.

(1)—Después he leído en un artículo de D. Fernando Bujanda (Berceo, año II, n.º 3, pág. 192) que la Custodia fué donación de Enrique IV, según consta por una inscripción de la misma.

El Carmen

Besado por la luz clara y diáfana
de una mañana del Abril florido,
yo he contemplado tu silueta esbelta,
Carmen bendito.
Los adobes parduscos de tus muros
vistiéronse de un manto purpurino,
de hebras de arrebol y rosas de oro
todo tejido.
Regalo primoroso de la Aurora
que ella misma bordó con áureos hilos
y que trajo en su carro desde Oriente
Febo divino.

El campo en que te asientas, placentero.
te miró todo el estremecido,
y de mil formas te elevó a porfía,
canto rendido.
Las aguas al correr por los azarbes,
como chorros de plata derretidos,
te alzaron un cantar húmedo y fresco
límpido y rítmico.
Los cerezos del huerto y la fronda,
el pomar, los almendros y los guindos,
sobre tí derramaron de su aroma
cáliz riquísimo.
Y hasta el aire sutil, sereno y puro,
se adornó con cendales de oro fino
para darte un ósculo más suave,
Carmen florido.
Hubo un silencio condensado y manso
que horadó en mil partes con sus trinos
de notas de cristal, sonoro y claro,
un campanillo.
Un hisopo invisible fué tu esquila
y una lluvia de perlas su rocío
que salpicó con sus arperges fúlgidos
tus muros tibios;
y cual si fuera la varita mágica
de un sabio encantador persa o asirio,
las naves y las bóvedas del templo
antes dormido,
trémulas despertaron al instante,
vibraron sus pilares y sus nichos,

como las cuerdas de una lira angélica,
y en torbellino
estalló de repente una cascada
de cánticos, de rezos y de himnos
que subió como nubes de perfumes
al infinito.
En alas de mi ardiente fantasía,
del templo penetré yo en el recinto,
y mis ojos, absortos, contemplaron
raro prodigio.
Sobre un trono de oro y de diamantes,
una señora ví; todo divino
era su aspecto, y en su siniestra mano
tenía un Niño.
Su manto era de Sol y de rubíes
y pura más que el alba su vestido;
sus ojos, dos estrellas refulgentes;
cándido lirio,
su rostro de rosa arrebolado;
y como Reina a su sien ceñidos
llevaba una docena de luceros
fulgorosísimos.
Todo el templo como una estrofa viva
cantaba a la Señora con el Niño,
y ella cogía en vasos de oro y plata,
vasos purísimos,
la esencia de estos cánticos humanos,
y humilde, ofrecíala al Altísimo
que, con su olor suave aplacado,
se hace propicio,

y un torrente de gracias y favores
al Carmen por María es concedido,
gracias que Ella reparte complaciente
entre sus hijos,
que como una riada interminable,
—hombres, mujeres, niños, pobres, ricos—
acuden sin cesar, de noche y día,
Carmen florido,
con un ruego en los labios, a la Señora
de quien siempre los ojos son benignos;
y de sus manos puras siempre abiertas
como dos ríos,
brotan chorros de paz y de ventura,
y de su santo seno, casto y pio,
nos ofrenda a Jesús, flor perdurable,
fruto bendito.

CANTARES

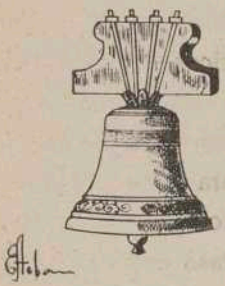
Regados fueron con sangre
los campos calahorranos
que un día aquí vertieron
nuestros Mártires sagrados.

No te admires si oyes tanto
Emeterio y Celedonio
que así también se llamaron
nuestros Patronos gloriosos.

Un altar de corazones,
el más grande entre los grandes,
han hecho los calahorranos
para la Virgen del Carmen.

Cada región en la tierra
tiene un hecho que la honre;
el nuestro, bien claro está:
son sus pimientos morrones.

Los buenos calahorranos
fresquillos son y picantes;
el picor lo da el pimiento,
la frescura, los tomates.



La campana del milagro

LEYENDA

I

La larga comitiva enfiló la calle de San Andrés con dirección a la iglesia de su nombre. Luciendo sus mejores galas, como en día de gran fiesta, los alguaciles y corchetes rompían marcha acompañados de los tamborileros que, pausadamente y a compás, hacían resonar sus instrumentos convocando a los vecinos de nuestra ciudad a oír las cédulas reales.

Montado en soberbio caballo enjaezado y precedido de una docena de nobles señores, también caballeros en mulas gualdrapadas, marchaba el Justicia del Rey portando las insignias de su alta magistratura y servido, a derecha e izquierda, de su escudero mayor y heraldo de corte: el primero, luciendo su brillante armadura rematada en vistosas plumas como airón de su cimera, y el segundo, ataviado con rica dalmática de seda sobre casaca de oro y grana, y en la mano enguantada, magnífica trompeta de plata.

Cerraba el cortejo hasta una veintena de ministriles y pajes con jubones y capas de variados colores.

Era una tarde calurosa de Junio y, a pesar de lo intempestivo de la hora en que todos sesteaban en lo más sombreado y fresco de sus casas, un buen grupo de curiosos -muchachos, mujeres y algunos hombres- iban tras la comitiva, atraídos por su atuendo especial. Algún hidalgo, perezosamente, abrió el ancho ventanal de su morada, al ruido de la trompetería, y unas bellas doncellas, al tropel del cortejo, ja'dearon por un amplio portalón, llevadas por el redoble de los tambores.

Cuando la comitiva paró frente a la iglesia, salían de vísperas numerosos fieles, en especial, mujeres de diverso rango y condición, vestidas de briales y basquiñas y cubiertas con largas tocas; y todos a una, pudieron oír el solemne pregón que, apagado el rumor de los presentes al son de la trompeta del heraldo, expandió éste por toda la plaza.

En él se anunciaba que oídas por nuestro invicto y cristianísimo rey don Fernando los muchos y grandes crímenes que en nuestra ciudad de Calahorra y territorios vecinos se cometían, con manifiesta desobediencia y desacato a las leyes divinas y humanas del Reino, éste había determinado de nombrar y enviar, como de presente así lo hacía, por Merino Mayor [1] en aquesta parte de Castilla, al gran señor don Fernando González para que con plena potestad y señorío, por su real mandato, ejerciera la Justicia, reprimiera los denunciados desmanes y diera paz y seguridad a todos los ciudadanos, sus vasallos, que se asentaban sumisos a sus leyes y ordenanzas en estos lugares de sus dilatados dominios.

Pronto la noticia de tan importante pregón, yendo de boca en boca, llegó a todos los rincones de la ciudad: desde las casas

(1) Juez nombrado por el Rey con amplia jurisdicción.

blasonadas de ilustres varones hasta los tugurios de adobe de los más humildes pecheros y las casucas negras y malolientes de la Aljama, donde sentados en el suelo con las piernas cruzadas, arreglaban sus baratijas y alhajas, o tramaban turbias redes de odio y de venganza los moros y los judíos.

II

—A mi parecer, mi señora Jimena, que si continúan las cosas como van, tendrá que mudar pronto de opinión. Loado sea nuestro Señor —dijo vuesa marced – el día que el heraldo real anunció la venida del Merino Mayor; loado sea Nuestro Señor que, al fin, vamos a vernos libres de tantos atropellos e injusticias como por estos lugares se cometen: son tantos y tales que ponen espanto. Dios guarde a nuestro rey y señor don Fernando que, divertido de nosotros en tan grandes y gloriosas guerras y conquistas, halla tiempo para velar por la tranquilidad de estas partes, y así atiende a nuestras quejas

Yo entonces también lo creí así, y dí por ello gracias al Señor; pero ¡cuánto han cambiado las cosas en unos días! Si Nuestro Señor no es servido de templar un poco lo mano del Merino, mucha sangre va a teñir a nuestra ciudad, sangre exenta de culpa, mí señora, sangre inocente y honrada.

Bien está que el judío Samuel pagara con su vida la que él rencoroso y avaro, arrebatara al infeliz Pedro Nuñez; que el terrible Benavid, ese moro lujurioso y feroz, a una con el renegado García, pagara en la horca sus feos y enormes delitos, pero la muerte de Bermúdez, el joven y valiente vasallo del señor de Torrequemada, es acto que clama al Cielo. ¡Virgen santa de Valvanera! ¡Tan buen mozo como era! Nadie ha podido probar los crímenes que se le imputaban, y sin embargo, Bermúdez ha sido ajusticiado con desprecio de sus deudos y parientes que defen-

dían su inocencia y con violencia de los derechos del señor Conde; de no estar como todos combatiendo con sus hombres en la conquista de Sevilla, no hubiera su leal vasallo acabado en una horca.

La que, con tan vivo lenguaje censuraba la desmedida justicia del Juez don Fernando, era una linda muchacha de tez sonrosada, cabellos entre rubio y moreno y ojos azules y soñadores. Blanca Ortúñez, hija única del honrado y leal Ortuño, desde pequeña había quedado huérfana de madre, y al lado de su padre y como él, a la sombra protectora de la noble casa de los Condes del Valle, había crecido y espigado como los trigales que su padre, labrador—cuando no soldado—cultivaba en las ricas y extensas propiedades de sus señores. Los cuales prendados de la bondad y hermosura de la niña la habían criado en casa con muestras de gran predilección.

Doña Jimena, la noble dama a quien Blanca se dirigía, había oído, como distraída, a su doncella al mismo tiempo que hojeaba un libro en pergamino, en cuya portada se leía en bellos caracteres: PSYCOMACCHIA, ab Aurelio Prudentio autore. (1) Animó, con un gesto, a proseguir a la muchacha que continuó así:

Puesto que mi señora me honra permitiendo que le exponga mis dudas y temores, voy a referirle un suceso que hace días turba mis sueños y ensombrece la alegría de mis años. Y como ruborizándose por el recuerdo, su frente y sus mejillas se tiñeron más aún de púrpura y de rosa.

Terminados los Maitines y la Misa, salía yo la otra mañana de la iglesia de San Andrés cuando ví que con su cortejo de pajes y ministros, marchaba hacia ella D. Fernando. Me aparté para dar paso a la comitiva, y al pasar junto a mí el Merino me miró con una mirada honda y larga que no pude comprender, pero que me

(1) Psicomaquia, por Aurelio Prudencio.

estremeció de pies a cabeza. Hasta entonces nunca le había visto de cerca, pero le confieso que sus ojos me aterraron: entonces empecé a entender el por qué de ese pavor misterioso y siniestro que despierta por donde quiera que pasa. Cambió unas palabras con su paje mayor y casi volviéndose para mirarme de nuevo, penetró en el templo.

Blanca se agitaba conmovida.

Doña Jimena le dirigió una mirada tranquilizadora e intentando sonreír, le dijo jocosamente: No creo que D. Fernando se haya enamorado de tí, ni que sus intenciones sean tan siniestras como el pueblo dice. Has de saber, hija mía, que el crimen y la maledicencia son tan astutos y falaces que tratan siempre de disfrazarse y de culpar al que los descubre y persigue, cargándoles sus delitos, para quedar ellos impunes y bienquistos. A más que tu Rodrigo, añadió risueña, acentuando el tú, no te dejaría maltratar ¿verdad? Por algo prefirió él el quehacer oscuro de la labranza a la gloria de salir con su señor a la campaña de Sevilla.

—Si el caso llegare a eso (no lo permita Dios) —respondió la joven— en El y en la protección de mis señores confío antes que en la de Rodrigo. Y Blanca enrojeció al pronunciar el nombre de su prometido. Asintió la dama con la cabeza, despidió cavilosa a la doncella y abriendo la Psicomaquia de su paisano Prudencio, el libro preferido de la Edad Media, leyó en latín aquellos versos del combate entre la Avaricia y la Caridad:

Sus cabellos de víbora oculta
con velo de piedad disimulando
el perverso furor que abriga el pecho
con blandura de engañoso manto.

Y la imaginación de doña Jimena marchita por los años y por los pesares, se animó de súbito y presentóle y vió a D. Fernan-

do González, el justiciero y temible Merino Mayor en Calahorra, bajo el ropaje de arpía con que el gran poeta nos representa a la Avaricia, y que los corchetes y ministriles por arte de encantamiento, se habían convertido en el espeluznante cortejo de las Cuitas, el Hambre, las Congojas, el Perjurio, el Engaño, el Soborno, la Ficción, los Desvelos y la Vileza que, en desordenado y tétrico tropel, le seguían y le acuciaban.

III

Y no eran infundados ni los recelos de Blanca ni las imaginaciones de doña Jimena. Días después de esta conversación, era Ortuño, inicua y misteriosamente, acusado de graves delitos (aunque ni éstos ni el delator pudieron ser conocidos) recibiendo orden de encarcelamiento con otros presuntos malhechores.

Ni los ruegos de doña Jimena ni las protestas del viejo Conde que defendía la lealtad e inocencia de su vasallo, ni las lágrimas tiernas de la hija fueron capaces de revocar la orden del Merino. Orduño vió el fin que le esperaba y se consideró perdido: inútil era pedir protección y buscar refugio después de haber caído en las manos de aquel Juez inexorable.

Pero no era su ruina la que presentía y temía; una ansiedad inmensa lo ahogaba. Si él era inocente ¿qué secreto impulso motivaba aquella falsa delación? ¿qué se encubría detrás de aquella detención? ¿qué se perseguía al procurar la muerte de él, pobre y oscuro servidor de un viejo conde?

Y una sospecha cruel, una duda amarguísima clavó su aguijón desgarrador en el alma abatida del padre infeliz. ¿Sería Blanca, su adorada hija Blanca, el estímulo infame de aquella delación? ¿Serían ciertos los rumores que pintaban al Juez como un hom-

bre perverso, ansioso de riquezas, codicioso de honores, lujurioso, disoluto? ¿Peligraría su hija?.

Y Ortuño miró en derredor y se vió solo, solo y sin esperanza de ayuda. Meditó y no halló otro refugio, ni vislumbró otra defensa que el asilo de la iglesia: los muros de San Andrés como los brazos de una madre amorosa le acogerían con ternura y le protegerían con ardor ¿Quién osaría arrancarlo de aquel cobijo que hasta la furia salvaje de los bárbaros respetó?

Fuése, pues, a la iglesia de San Andrés y abrazado al santo Apóstol, con muy tiernas razones y abundantes lágrimas, le pidió su poderoso auxilio. Los parientes y vecinos que le habían seguido, asistieron conmovidos a esta escena, los clérigos de San Andrés, viendo tanta devoción y fe, seguros y confirmados en la inocencia de Ortuño, le recibieron bajo su tutela. Pero a lo que no se atrevieron los bárbaros, iba a atreverse D. Fernando violando el derecho de asilo de la iglesia y la autoridad sagrada de sus ministros. Y helo ahí seguido de una caterva de soldados y gente armada, franquear sacrílegamente la puerta del templo, apoderarse a viva fuerza de Orduño y atado con pesada cadena, mandarlo apresado a la granja de la Noguera, entre el llanto de unos, las protestas de otros y la indignación de todos contra aquel don Fernando que así profanaba y despreciaba todo derecho y toda ley.

La granja-castillo de la Noguera, hermosa quinta de recreo de frescas y umbrosas alamedas situada alguna distancia de Calahorra, era el lugar escogido por el Juez para mitigar los fuertes calores del estío, al par que administraba su justicia, aquella extraña justicia que le llevaba a violar el recinto sagrado de un templo.

Y el rumor propalado de que D. Fernando sólo intentaba enriquecerse con el oro de sus víctimas y saciar en ellas sus bajas

pasiones, fué tomando cuerpo y especie de verdad, y las reuniones nocturnas de la Noguera fueron tenidas por juntas secretas donde se maquinaban y urdían sus detestables proyectos. El apresamiento de Orduño vino a darle una más cierta confirmación.

IV

En la prisión le aguardaban otros compañeros de infortunios que, como él, esperaban abatidos el último acto de aquel drama: mecerse con un palmo de lengua fuera, suspendidos de la horca que el Merino había hecho levantar en la Vedada. Ortuño no tuvo otro pensamiento al traspasar el férreo umbral de la lóbrega cárcel, que un dolorido recuerdo para Blanca. ¡Mi hija! exclamó. ¡San Andrés, Apóstol bendito, salvad a mi Blanca!

Y en verdad que la joven necesitaba de poderosa ayuda. Aquella misma noche, para no excitar al vecindario, y tras una reñida porfía con los ancianos condes, sus protectores, Blanca fué conducida también a la granja de la Noguera, so pretexto de que D. Fernando tenía que interrogarla sobre diversos puntos relacionados con la detención de su padre. Sólo supo este inicuo acto la casa de los Valle y el gallardo mozo Rodrigo cuando vino a ver a su novia. Loco de rabia al ser informado, huyó veloz a la Noguera. Era una noche diáfana y serena. El campo bañado por los claros resplandores de la luna yacía en silencio, sólo interrumpido por el ris-ras monótono de los grillos, que, a los pasos de Rodrigo, cortaban su cantinela e iban a esconderse debajo de las piedras o de las gavillas de mies. Nadie en aquellas horas se aventuraba a andar por los campos por temor a caer en sospecha de la Justicia, y nuestro joven, a buen caminar, por atajos y veredas, estuvo pronto sin ser visto, en la Noguera.

Escondido por entre la fronda y amortiguando el ruido de sus pisadas con el mullido cesped y el glu-glu del agua que co-

rría saltarina por los cauces, Rodrigo llegó hasta los mismos muros de la granja. En la parte delantera del edificio, y sobre una torreta almenada distinguió echado de bruces sobre el adarve al vigía de la fortaleza: contemplaba el firmamento o quizá dormía ajeno a todo peligro.

Sigilosamente, fué rodeando la casa. Vió a la espalda una habitación iluminada y abierta y con cuidadosa precaución, consiguió acercarse a ella. La habitación no solo estaba iluminada y abierta sino también ocupada por varias personas que hablaban y discutían ruidosamente. Aunque bastante elevada para poder ser vistos desde el suelo de la plazoleta en que se ocultaba, en la quietud de la noche, las palabras de estas personas fueron oídas perfectamente por el mozo.

Otro vaso, Sancho.—decía uno; este triunfo hay que rociarlo abundantemente.—Y por mi vida —añadió otro, que este vino riojano tiene un sabor exquisito.

—No sabía yo—corroboró un tercero, con aire burlón, que los calahorranos guardasen tan buenas cosas en sus bodegas.

Un gesto de indignación reflejó el rostro de Rodrigo que aguzó el oído y pudo oír distintamente:

—¿Y la muchacha, D Fernando? ¡Linda moza, por mi vida! algo esquiva, la picaruela, pero ya se amansará ¿verdad? Es rico bocado

Una oleada de sangre hirviente sacudió al joven que tuvo que hacer un esfuerzo gigantesco para ahogar el grito de rabia, que pugnaba por brotar de su garganta, y por retener el instintivo movimiento de todo su cuerpo que luchaba por abalanzarse a la ventana. Pero la cordura venció a la pasión y consiguió dominarse, al tiempo que adentro proseguían:

Más difícil que otros ha sido el empeño de esta tarde, pero ya es cosa hecha. D Fernando ha tenido que dar señales de vio-

lencia de lo cual es poco amigo, pero así la gente aprenderá a respetar y temer; además que Blanca es harto más de estimar que el oro de Samuel . .

Se hizo un corto silencio, y se oyó al fin la voz de D. Fernando

Amigos, yo me asocio a vuestras alegrías y a mi éxito de hoy, pero hay que proceder con cautela y prudencia y llevar a término nuestro intento cuanto antes. Oid, pues, mi plan.

Rodrigo con el oído distendido, escuchó:

De aquí a dos días todo debe haber concluído. Para evitar escándalo y alborotos, Ortuño y los otros dos presos serán conducidos de noche a la Vedada y colgados de un palo antes de salir el sol. A Blanca que permanecerá aquí incomunicada se le hará creer que su padre ha sido puesto a buen recaudo; lo demás corre de mi cuenta. Para impedir una posible revuelta, yo estaré en la ciudad con gente armada; los hombres de armas no precisos para la ejecución de los ajusticiados quedarán vigilando la granja cuidadosamente; y si su presencia fuere reclamada o requerida por un toque de rebato dado por la campana de San Andrés, todos acudirán a la llamada. Y nos despedimos hasta mañana, que va ya la noche muy avanzada

Rodrigo no oyó más. Apagáronse los candelabros en la estancia del conciliábulo y la reunión se disolvió. No oyó más Rodrigo, pero bastaba y aun sobraba lo oído. Un rato estuvo inmóvil, absorto, enajenado, como si fuera un sueño o una horrible pesadilla lo que acababa de oír, pero el tiempo le hizo volver a la realidad: negra y amarga realidad.

Para él, al fin, quedaban patentes las turbias maquinaciones del extraño Juez y su cuadrilla; con creces quedaban comprobados todos los rumores que el proceder del Merino Mayor había esparcido sobre la ciudad; pero ¿cómo probar las gravísimas pa-

labras que de labios de los mismos autores acababa de escuchar?

Una acusación de esta naturaleza contra D. Fernando le llevaría, sin más a la horca de la Vedada. Y sin embargo, había que intentar algo para salvar la vida de Ortuño, la vida de Ortuño ¡ay! y la honra de Blanca, de las garras de aquel lobo voraz.

Sus manos se crispaban de ira y sus dientes crujían de rabia, impotente ante el malvado juez. Con extremado sigilo, con exquisita atención, rondó la granja; puso oído al más leve rumorcillo, pero todo era quietud y calma, una calma angustiosa que le roía las entrañas. Ni un suspiro ni una queja ni un ay de dolor que le delatara la presencia de aquellos seres queridos, alcanzaron a captar sus oídos.

V

Volvió a Calahorra cuando ya amanecía. La ciudad conmovida por el sacrílego encarcelamiento de la tarde, había pasado la noche entre sobresaltos e inquietudes, y, al saber con el nuevo día la conducción de Blanca a la Noguera, llenóse de indignación, y un nutrido grupo de hombres, a quienes confidencialmente Rodrigo había hecho sabedores de lo que se tramaba decidieron arrostrar la furia de D. Fernando exigiéndole la devolución de Ortuño a la iglesia de San Andrés de donde lo había arrebatado.

Recibiólos aquél amablemente y con especiosas y lindas razones, (el vicio se viste con capa de virtud, que cantó Prudencio) prometióles que así lo haría, una vez puestos en claro ciertos extremos que probaran por completo, como esperaba, la inocencia del preso y que en cuanto a Blanca nada tenían que temer, ya que estaba bajo su custodia, contínuamente asistida por una dueña, y que junto con su padre se vería puesta en libertad.

Si tales razones pudieron convencer a alguien, no fué ciertamente a Rodrigo, que, incrédulo a estas engañosas palabras, y descorazonado, al ver fallido, como suponía, el recurso pacífico de apelación, no vió otro más seguro camino para evitar aquella desgracia que recurrir a la violencia y a la fuerza. Pero pronto los hechos vinieron a arrancar también de su alma este brote rojizo de esperanza.

Una numerosa y bien armada guarnición recorrió la ciudad, aumentando aún más el terror que ya la poseía.

Aquella noche Rodrigo no durmió. Cuando el toque de ánimas cayó sobre Calahorra, como un manto de luto, caminaba como la noche anterior rumbo a la Noguera. La granja parecía muerta, envuelta por la luna pálida en una mortaja blanquecina. No brillaba ni una luz, ni percibíase en ella movimiento alguno, pero conforme se acercaba notó que la vigilancia era mucho mayor que la noche anterior; las rondas recorrían contínuamente sus puestos y al joven le fué imposible aproximarse. No obstante, oculto entre unas malezas oyó conversar a dos soldados.

—Mucho me temo que esto no acabe mal, Alvaro—porque la ciudad está conmovida y ya sabes que no es Calahorra de las que toleran tiranías. El regidor ha salido para Burgos; y yo te aseguro que si el Prelado, D. Jerónimo no se hubiere hallado ausente, Ortuño no hubiera salido de San Andrés.

—Bien dices, Alonso; es esto intolerable. Yo oí ayer llorar a Blanca desde mi puesto de guardia junto a la entrada. Está en el segundo cuarto de la izquierda custodiada por una dueña. Dicen que no prueba bocado, no hace más que llorar . . .

Un hondo gemido, mezcla de ternura y de rabia brotó de la garganta de Rodrigo interrumpiendo al soldado.

—¿No has oído, Alonso? Me parece haber percibido un quejido.

—No te preocupes, Alvaro, no es nada; los gemidos de la hija de Ortuño te han calado tan hondo que aun pareces percibirlos.

—De cualquier modo, estemos prevenidos y vigilemos. Rodrigo temió ser visto y se retiró. El recuerdo de su novia bañada en llanto, y el pensamiento de Ortuño, inocente y abocado a la horca, le atormentaban horriblemente. Mil extrañas cavilaciones se formaban en su cabeza calenturienta que eran al instante borradas y sustituídas por otras que parecían menos disparatadas. Tentado estuvo por asaltar la granja y libertar matando, a su prometida, pero una chispa de esperanza le hizo contenerse.—Dios es bueno— pensó, y nunca abandona a los que en El confían. Y más tranquilo con este pensamiento, volvió a la ciudad cuando ya las campanas de San Andrés, de Santa María y Santiago el Viejo llamaban a los fieles a Maitines.

Aquel día no sosegó. Los vecinos, aun lo más crédulos, perdida toda esperanza en las promesas del Juez, comentaban, apesadumbrados, los sucesos y era grande la efervescencia en la ciudad.

Nunca fué más numerosa que aquella tarde la asistencia de los fieles a las vísperas de San Andrés, ni los buenos vecinos pidieron nunca con más ahinco la protección del Altísimo. Al sentirse sin apoyo aquí abajo, alzaban sus ojos a la altura.

—Por Santiago— exclamaba en un corro un viejo soldado— que de no estar lo más lucido y valiente de Calahorra peleando sobre Sevilla, al lado de nuestro señor, el rey don Fernando, no aguantaría la ciudad tanta afrenta.

—¡Pues válgame Dios! añadió con ira un rudo campesino; ¿qué hace nuestro regidor con sus hombres de armas?

El regidor —explicó otro— ha partido para Burgos, y sus hombres, indecisos, esperan órdenes.

—¿Pues cómo nuestro Prelado no ha estorbado tamaña osadía?— demandaba en otro grupo, una mujer del pueblo.

—Todo parece ayudar a ese ruin—adujo otro; don Jerónimo se encontraba en Santo Domingo.

—¡Virgen Santísima de Valvanera! apiadaos de nosotros, musitaron algunos ¡Señor, Santiago, interceded!

Ya anochecido, los grupos impelidos por las gentes de don Fernando tuvieron que regresar a sus casas. Sólo no volvió a la suya el novio de Blanca. Sin ninguna compañía para no llamar la atención, ocultamente, se deslizó de la ciudad y marchó a la Noguera.

Iba perfectamente armado; una luciente espada colgaba de su tahalí, y en el cinto ocultaba agudo cuchillo. La noche parecía favorecer también los designios del Merino: habíase nublado de repente y la luz era escasa y difusa También ésto favoreció a Rodrigo que consiguió llegar hasta cerca del fortín sin ser advertido de los grupos que patrullaban por todos lados.

El esforzado joven se había trazado un arriesgado plan para cuya ejecución no pidió el auxilio de nadie, ni pedido, lo hubiera posiblemente alcanzado; tan peligroso era.

El camino que de la Noguera llevaba a la Vedada estaba bordeado de altas albarradas; nuestro mozo habría de esperar oculto tras las piedras, el paso de los que condujeran a los reos; caería sobre ellos y libertando a Ortuño, penetraría con él en la fortaleza para sacar de ella a Blanca y huír luego los tres al reino de Navarra. Intento inconcebible que sólo pudo dictarle una extrema necesidad.

Con el cuchillo en la mano, pronto a saltar sobre la escolta de los presos, esperó resuelto, pero nadie pasó Esperó otro poco y nada; a escasa distancia, los guardias de la granja se daban las consignas recibidas y vigilaban atentamente, pero nadie salía

de ella.

Ya empezaba a impacientarse cuando le pareció percibir rumor de pasos y un confuso ruido como de sollozos entrecortados. Creyó llegado el momento, y apretando el puño de su cuchillo, se dispuso a la lucha. Nuevos instantes de ansiedad y luego otra vez, nada; un silencio angustioso, turbado solo por el ladrido lastimero de algún perro. Empezó a impacientarse. ¿Habrían cambiado de plan? ¿Habrían dado muerte en la misma prisión a Ortuño y a sus compañeros? ¿Qué habría sido de Blanca?

¿Dónde estaría en aquellos momentos?

Se moría de angustia en su acecho, junto al camino. Aguardó todavía un rato, sin resultado y al fin, se decidió a salir de su escondite para espiar la granja más de cerca.

Con sumo cuidado para no ser notado, rondó por sus alrededores, sin saber que hacer. Debía ir muy avanzada la noche: así lo denotaba el movimiento de las estrellas por un claro de cielo y, el relente precursor del amanecer. Un gallo desde un alto tapial, rasgó los aires con su canto como una saeta brillante y cortadora.

Pensó que los presos habrían sido conducidos al lugar del suplicio antes de que él llegara, y tuvo por irremediablemente fracasado su plan. Con el nuevo día que ya alboreaba, Ortuño pendería de una cuerda, y Blanca sería juguete de la pasión de D. Fernando. Quiso marchar a la Vedada, pero un sentimiento irreflexivo, una fuerza secreta superior a su voluntad, le obligó a quedarse.

Se situó escondido frente a la entrada del edificio y esperó; tal vez desde allí observaría algún detalle, algún indicio, por donde pudiera rastrear la suerte de su novia y la de Ortuño; pero el tiempo pasaba y nada ocurría.

Era ya amanecido cuando a Rodrigo, leve y lejano, le pareció

oír el eco de la campana de San Andrés que tocaba a arrebato: era la señal de alarma convenida como anuncio de revuelta en la ciudad. Una chispa reanimó la ceniza tibia que cubría la esperanza del joven y a su luz vió a Calahorra entera, alzada contra el funesto Juez para defender la vida sus ciudadanos; quizá a aquella hora tendrían preso a D. Fernando y, puestos en libertad a los condenados a la horca. Y él estaba allí. ¿El estaba allí escondido estúpidamente, sin poner su brazo al lado de los que defendían sus vidas?

La campana siguió tocando y a través de la paz calmosa de la madrugada, su eco llegaba ahora distintamente a la granja.

En un credo todos los hombres de armas de la fortaleza estuvieron listos en la plazuela, y quien a caballo, quien a pie, emprendieron mohinos y contrariados la marcha a la ciudad.

Rodrigo no titubeó; salió de donde se ocultaba y rápidamente se entró en el edificio. Dos corchetes le salieron al encuentro para cerrarle el paso, pero él, cuchillo en mano, avanzó resuelto, y de un fuerte puñetazo derribó a uno al suelo, mientras que el otro, atemorizado, huía hacia el interior demandando socorro.

Sin un momento que perder, nuestro mozo llegó a la segunda puerta de la izquierda y de un puntapie la abrió, lanzándose en la estancia. Blanca anegada en llanto, al oír el golpe, se había refugiado en un rincón, cubierta la cara con ambas manos.

—¡No temas, Blanca, gritó Rodrigo enardecido; soy yo que vengo a librarte!

Blanca se volvió.

—¡Rodrigo, mi buen Rodrigo!—exclamó con un sollozo que no le dejó continuar, y con los brazos abiertos, se colgó al cuello de su amante que la estrechó emocionado, entre los suyos.

—Y ahora—añadió rápido el joven—anímate y sígueme; yo te defenderé. Y huyeron precipitadamente, mientras aún se oía

el vocerío del aterrorizado corchete que pedía auxilio. Un rato anduvieron campo a través, para eludir mejor la posible búsqueda de los servidores del Juez, y al fin detuvieron su carrera para dar un punto de reposo a sus cuerpos fatigados. El tañido de la campana aun llegó a sus oídos; Blanca miró a su novio atemorizada, no dando crédito a lo que veían sus ojos y Rodrigo la calmó con una sonrisa de seguridad, y, reparando que era incapaz de seguirle, la cogió en sus brazos y reanudó la fuga.

No habían dado muchos pasos cuando un grito desgarrador de la joven hizo detener de nuevo a Rodrigo.

—¡Mi padre!, Rodrigo, ¿no ves? ¡Es mi padre! El mozo miró sobresaltado. Era efectivamente el padre de Blanca. Arrastrando un trozo de cadena y con pedazos de cuerda al cuello y a las manos, Ortuño caminaba hacia ellos con aire reposado y ademán tranquilo.

—¡Padre mío!—sollozó Blanca, echándose en los brazos de Ortuño que la cubrió de besos. ¡Padre mío! ¿Cómo os veo aquí, de esta manera? ¡Huyamos, huyamos pronto, antes que ese hombre feroz nos alcance. Rodrigo quedó un momento estupefacto sin explicarse lo que veía.

Ortuño le abrazó con ternura, y con los ojos levantados al cielo explicó:

—Demos, hijos míos, ante todo, gracias a Dios y al glorioso Apóstol San Andrés, su siervo, que tan milagrosamente me ha librado de una muerte segura. No tenéis tampoco vosotros que temer, que, puesto que me ha dignado concederme la vida, ¿cuál puede ser su objeto si no el de gozarla en vuestra compañía? Volvamos a la Ciudad para de hinojos a las plantas del Apóstol bendito dar rendidas gracias por este portento que conmigo acaba de obrar.

Y con semblante sereno, hizo cara a Calahorra, mientras

con frases cortadas por la emoción contó a los jóvenes que le escuchaban atónitos, el siguiente relato de lo acaecido.

—No sé si sabréis, queridos hijos, cómo esta madrugada fuí conducido con los otros dos presos a la Vedada para ser allí ahorcados villanamente. En la Noguera, no hubo apelación posible ni a la justicia ni a la clemencia del Juez, y al verme perdido sin remedio, acudí en fervorosa oración a nuestro glorioso San Andrés para que me librara de aquel trance terrible. Mi ruego fué pronto atendido, y despachado de la manera maravillosa que oiréis.

Ya había sido ahorcado el primer reo y su cuerpo se agitaba aún con horribles convulsiones, cuando una niebla densísima y oscura cubrió el lugar del patíbulo y me rodeó con su negrura, al tiempo que se me aparecía el bendito Apóstol y oí que me decía: ¡No temas Ortuño; sígueme y te veras libre de la horca. Y a la vez que esto decía el Santo bendito, sin esfuerzo por mi parte ni tocarme nadie, me ví libre de la cadena y de los cordeles que me tenían atado, y sin ser notado ni visto, eché a andar detrás de San Andrés, que de este modo admirable, me libraba de mis enemigos. Juntos caminamos un poco hasta que desapareció. Aun resuena en mis oídos las palabras que me dirigió antes de ocultarse de mi vista: «Vuelve en paz a Calahorra».

Una fuente de lágrimas y de bendiciones al Apóstol cerraron el prodigioso relato del padre de Blanca, quien, a su vez, junto con Rodrigo contó las peripecias de su liberación; y llena el alma de tan fuertes emociones, llegaron los tres a la ciudad.

La cual toda se hallaba congregada en la plaza delante de San Andrés, comentando con ardor un hecho singular. La campana mayor de la torre, al amanecer, había tocado a rebato y al acudir todo el vecindario a la llamada, pudieron comprobar llenos de pasmo que nadie había dado orden de tocarla ni nadie la

tañía, y sin embargo, la campana, sola y por sí misma seguía doblando a la vista de todos. A la alarma, pronto llegó gente armada de la Noguera que también pudo apreciar el suceso.

—¡Milagro de Dios!—gritaba el pueblo alborozado.

—¡Anuncio de milagros!—exclamó Ortuño, abriéndose paso entre la multitud, y pregonando a grandes voces el que había obrado con él y con su hija el bienaventurado San Andrés.

Un estruendo de vítores y de exclamaciones de alegría, de bendiciones y de alabanzas a Dios siguieron a la narración del milagro que el gentío escuchó lleno de asombro y de estupor; y todos acompañaron a Ortuño hasta la iglesia para dar gracias a San Andrés que los había librado de forma tan estupenda a él de la horca, y a su hija, del deshonor.

Desde entonces hasta ahora el pueblo ha llamado siempre a ésta la «campana del milagro».

VI

—Y no se crea que todo ello es cuento—añadió el viejecito que me había referido este hecho mientras esperábamos la hora de Misa paseando por Rasillo de San Andrés. Aun está ahí volteando la campana que publicó el milagro, y en la iglesia podrá usted leer en un cuadro el portento que le acabo de relatar.

—¿Y qué fué de D Fernando, el Merino?—le interrogué.

—Al saber el prodigio—me respondió—huyó a la Noguera en donde sufrió tales dolores de piernas que vino a quedar tullido, pero al cabo, arrepentido de sus violaciones y crímenes, mandó le trajeran a la iglesia de San Andres, y aquí ayunó con muchas lágrimas, e hizo penitencia de sus pecados noche y día hasta que el Santo Apóstol le alcanzó la salud. En agradecimiento de lo cual, ordenó decir una Misa solemne y regaló a esta iglesia el cáliz que guardado cuidadosamente desde aquella fecha, podrá usted hoy contemplar a su placer.

¡Viva *Miranda*!

¡Qué bien se vive en *Miranda*!
¿verdad usted?
No comemos ni bebemos,
pero vemos
¡Ay qué bien!
Que ha terminado el trabajo
y no sabemos qué hacer:
nos marchamos a *Miranda*,
y charlamos
y miramos,
¡Ay qué bien?
Que hemos madrugado mucho,
(¡el hambre
qué madrugadora es!);
pues nos vamos a *Miranda*
y charlamos
y fumamos,
(si hay tabaco)
¡Ay qué bien!
Que hace un día frío en Mayo;

¡vaya un asco,
el tiempo siempre al revés!;
nos ponemos en *Miranda*
y, al instante,
soleados,
calentados. ¡Ay qué bien!
Que hace calor en Febrero,
¡vaya un asco!
mes más loco no se ve;
a la sombra de *Miranda*,
refrescamos la garganta
y la planta de los pies.
Que si llueve un chaparrón...
(bueno, ya es rutina
esto de tanto llover);
pues debajo de *Miranda*
no te mojas,
pero gozas
viendo a la gente correr.
¡Ay qué gracia!
¡Ay qué bien!
¿Que no tienes dos reales
para ver
la película del martes?
Pues a *Miranda* otra vez,
y allí vemos a las chicas
tan bonitas.
¡Ay qué bien!
—Hoy es jueves.
—Otra vez mercado, ven.
—Yo no voy;

¿Para qué?
—Anda, tonto;
nos ponemos en *Miranda*:
no compramos ni vendemos,
pero vemos. ¡Ay qué bien!
—¿A dónde se va, mi amigo?
—¡Psch!, no sé.
¿Y tú?
—Lo mismo digo.
Vamos, pues,
a estar un rato en *Miranda*;
no charlamos
ni fumamos,
pero el tiempo mientras pasa.
¡Ay qué bien!
—¿Pero dónde está *Miranda*?
Dígame.
—En cada pueblo hay uno.
¿Está usted?
En el suyo
yo no sé dónde estará,
pero aquí, en Calahorra,
cosa fácil de hallar es.
—Lo siento,
pero no acierto
donde esté
—Pues bien lo dice el letrero:
"CASA MIRANDA"
y al pie,
más de veinte "*Mirandeses*"
¡si no hay cien!

A la Matrona

El Ebro te dió prez y lozanía
y el Cidacos su ardor impetuoso:
por no sufrir el yugo ominoso,
devoraste tu propia carne un día.

Fué de tu seno el fruto tan fecundo,
fué tan florido el fruto de tu seno
que de su aroma está el mundo lleno,
que llenas con su fama todo el mundo.

En parte de dolor sobrehumano,
dos palmas alumbraste y dos coronas:
San Emeterio y Celedonio, hermano;
nos diste al gran Píndaro cristiano
y joya de las más altas matronas,
la gloria de la toga, a Quintiliano.

Atardecer

Cuando la tarde arrebolada muere,
contemplé la ciudad desde la Ambilla,
calles del Arrabal y Mediavilla
son un abrazo que ceñirla quiere.

Con flechazos de oro, el Sol hiere
las viejas casas de rojiza arcilla,
y en torres y tejados su luz brilla
como si un claro incendio todo fuere.

Junto al Cidacos que feliz murmura
la esbelta Catedral queda adormida;
¡adea la gente en ganar la altura,

se enciende el cielo con su luz más pura
y la campana al Angelus convida
cuando el día se viste de negrura.

El reloj de Santiago

—¿Se puede, amigo Clemente,
saber qué hora será?;
según murmura la gente,
este reloj siempre va
con la esquina del puente.—
Así le preguntó un día
una bien plantada moza
que al cine se dirigía,
más que unas pascuas gozosa
con su dulce compañía.

Y continuó: Yo lo digo
porque al salir de casa,
mientras me pongo el abrigo
y miro si "éste pasa"
por la cuesta del Postigo;
un reloj que no rebasa
ni un segundo, el de tía Rita
da las cuatro; a buen paso,
caminamos y aprisita
consultamos el del Raso,
y ya su odiosa agujita
va a dar las cinco, o acaso
señala las seis y diez;
si vas al baile, no hay cine,
e igual te digo al revés.
Por más que en contra se opine
"a las diez en cama estés"
no hay quien a lograrlo atine.

Y mire, mi buen Clemente,
que hago esfuerzo más que humano
por ser a casa obediente;
mas este reloj insano
tiene la esquina del puente
por único meridiano.

Y Clemente, zalamero,
que, en su oficio de mirón,
pasar suele el día entero
del reloj oyendo el son,
miró a la niña primero
y respondió conmovido:
—No hables mal del reloj bueno
de tantos visto y oído:
del trasnochador sereno
al paseante aburrido;
de obreros que a toda prisa
van o vienen del trabajo
a la pareja que a Misa
pasa, comentando en bajo,

la película de risa;
del que vende en el mercado
que oye pasarse las horas
sin quizá haberse estrenado;
o de enfermos que tú ignoras
y creen su dolor doblado
a cada instante que suena;
o del chico que en la escuela
espera como en condena
a que la mañana pase
y de aquella larga pena
le vengan a libertar
doce dulces campanadas:
dulces, si esperas gozar,
mas tristes y malhadadas,
si ves tu pena aumentar.
Con vista bien diferente
¡cuántas personas le miran!
pero él siempre indulgente,
perdona a todos, sin ira,
con su gesto displicente,
con su gesto desdeñoso;
y a veces quizá dolido
de nuestro vivir penoso
que él marca con su sonido,
o se para bondadoso,
o el paso atrasa o avanza,
para que tú, vida mía,
que regresas con tardanza
más de lo que convenía,
tengas siquier la esperanza
de culpar al buen reloj,
el cual, mientras, marrullero,
entre festivo y zumbón,
se burla del mundo entero
de sus campanas al son;
Y recibe unas miradas
y ve unos ojos tales
que van las cien apostadas
y todo lo que tu vales
a que en lugar de en Portales
donde yo mis días paso
en reloj me convertía
para estar ahí, ¡me caso!
viendo pasar, noche y día,
a las chicas por el Raso.

Aurelio Prudencio

SEMBLANZA LITERARIA

Su figura no fué un vaso desusado y pequeño dejado por olvido en el atrio suntuoso del padre de familias, como cantó la humildad del poeta, sino un ánfora magnífica repleta de riquísimas esencias, del mosto rojo y caliente de la sangre de los mártires, para embalsamar la real ciudad de Dios que se levantaba radiosa y triunfante de la arena del Circo y de la lobreguez de las Catacumbas.

No negaremos que esta ánfora sagrada no fuera vaciada en los clásicos modelos, pero fué tan fecunda e hirviente la fuente de inspiración y poesía que la llenó, fué tan torrencial la avenida de nueva vida cristiana que de ella se desbordó, que el molde virgiliano y horaciano fué impotente para contenerla.

Nuestro excelso Poeta, si bien no echó mano a odres nuevos, vertió en los viejos aquel vino riquísimo, nuevo y añejo a

la vez, de las viñas del Señor que el mundo pagano acababa de pisar en sus lagares, quedando de tal forma impregnada de su espíritu la vasija que lo contenía que al acercar a nuestros labios una copa de su zumo delicioso, apenas si percibimos un leve dejo de reminiscencias clásicas, aquella a que aludía Horacio cuando escribió: **"Quo prius imbuta est recens servabit odoren testa diu".**

Y no fué tarea cómoda ni fácil esta radical transformación en cristiana de la poesía del paganismo, valiéndose de los mismos medios de expresión, conservando la misma envoltura; era un pueblo totalmente nuevo que durante tres siglos había estado germinando en los subsuelos de Roma y del Imperio, regado y fecundado en abundancia, con su propia sangre, y que se levantaba ahora pujante de lozanía y de vida, con ideas y conceptos completamente distintos, con realidades desconocidas y vigorosas que daban al traste con el caduco y antiguo mundo pagano.

Y esta tarea de renovación y de cristianización que escritores y poetas anteriores a Prudencio intentaron con más o menos fortuna, bajo la potencia creadora de éste, llega a su más alta cima, pudiendo con su sonora lira, ya del todo cristiana, cantar como nadie, aquella maravillosa aurora, aquella nueva floración de vida que, como la sonrisa de Jehová al comienzo de los tiempos, recreaba al mundo renacido.

Si Horacio se proclamó con razón **Romanae fidicen lyrae,** después de él, la lengua de Lacio sólo tuvo un poeta que descolgara de nuevo esta lira para pulsar con plectro mayor y más encendida entonación, sus cuerdas ya bautizadas, y este vate fué Aurelio Prudencio, calahorrano.

Un doble amor y un doble fuego templó e inflamó la hoguera de su inspiración: el Cristianismo y el patriotismo, o dicho más brevemente, la Cristiandad romana, la Roma de las luchas sangrientas por la furia de los emperadores y la Roma ya con-

vertida y cristiana, bajo el cetro refulgente del español Teodosio.

Si el Mantuano, discípulo del gran Homero, cantó los funtamentos de la ciudad de las siete colinas; si el poeta de Venusa cantó a sus dioses y a sus héroes subiendo triunfadores al Capitolio, Prudencio que vió a Roma con visión más bella, alta y luminosa, cantóla como Cabeza de la Cristiandad, Madre ubérrima de todos los pueblos.

Pero lo mismo si canta a Roma como si combate a Símmaco, tanto como cuando propugna el dogma católico como cuando nos describe las luchas del espíritu en su Psicomaquia, o se arrebata en himnos a Dios en su Cathemerinon o en loores a los Mártires en el Peristefanón, la lira de Prudencio vibra solamente movida por el amor ardentísimo de Cristo que, en nuestro poeta como en todos los cristianos primitivos, no era un sentimiento abstracto y vago, si no una realidad viva y palpitante, un afecto entrañable que embebía y saturaba todas las fibras del ser: Cristo alma y cabeza del fiel, viviendo en los miembros vivos de su cuerpo místico

Esta llama amorosa que enardece la inspiración del poeta es la que siempre corre torrencial e impetuosa como el río que le vió nacer, y lame los muros de su ciudad, a través de todos sus poemas, bañándolos a todos, aun en las materias más áridas, con la vena siempre clara y fecunda de su numen poético.

Como las aguas abundantes del Ebro desbordan sus riberas y riegan las tierras feraces de sus vegas, llenándolas de verdura y de frondoso follaje, el verbo copioso de Prudencio, aquella voz melodiosa y potente que él quiso hiciera resonar incesantemente el nombre de Cristo hasta su postrer aliento, hincha e inunda con la viciosa afluencia de los poetas cordobeses los floridos campos de sus poemas cubriéndolos de una fronda exuberante.

Y a pesar del carácter lírico de todos sus escritos, su poesía es totalmente impersonal. Como el precursor del Mesías podríamos decir de él que fué sólo una voz, voz por entero consagrada a Cristo.

Cuando a la vejez de sus años se nos presenta—probablemente en su retiro de Calahorra—entregado a la confección y recopilación de sus obras, él quiere que sus días sean una sucesión de himnos, y que ni de día ni de noche enmudezca el acento de su lengua.

Pugnet contra haereses, catholican discutiat fidem;
conculcet sacra gentium labem, Roma, tuis inferat idolis,
carmen Martyribus devoveat, laudet Apostolos.

Estos versos que condensan toda la labor del poeta corresponden a otros tantos libros suyos. De ellos descuellan el Peristefanón y el Cathemerinón, que estudiaremos brevemente.

El Cathemerinón o libro de los Cánticos diurnos, es un rosario de himnos, alabanza perenne del cristiano a Dios: al alborear y al anochecer, al levantarse y al acostarse, antes y después de comer, ante la vida y ante la muerte.

Al hojear estas bellas páginas, nuestros ojos tropiezan a cada paso con fragantes rosas de encendido color y con preciosas margaritas de peregrina hermosura.

Entre un gorjear de gorriones que anuncian la alborada, la voz de Cristo nos llama del quieto sueño; su rostro rodeado de luz, rasga el velo de la noche y baña de radiantes claridades el nuevo día que el cristiano ha de vivir, en cuya mesa debe brillar la frugalidad y la sencillez, cuyos pasos a imagen de Dios, han de ser todos luz, hasta que rendido por el dulce sueño, se dirija al casto lecho, donde marcado con el signo de la Cruz, su

cuerpo dormirá en paz y descansará mientras su espíritu sigue aún soñando en Cristo.

Junto al Himno de los ayunantes, fuerte, vigoroso y austero como un asceta el siguiente, **Post ieiunium**, fluye apacible y manso como la figura dulcísima del Buen Pastor, cargado con la oveja enferma que nos pinta en aquellas rientes y florecidas estrofas, gemelas de aquellas otras en que Safo vertió la llama de su pasión.

Se ha hablado de la férrea poesía de Prudencio, sin hacer resaltar apenas las cuerdas blandas de su lira que él como pocos supo pulsar con acentos llenos de ternura y cándida gracia infantil.

Sus himnos del Nacimiento y de la Epifanía están rociados de esa láctea ternura angelical, de esa alada delicadeza que mece blandamente nuestro espíritu como una canción de cuna.

Aun en las más duras escenas, en los cuadros de más subido color que el pincel del artista, mojado en la sangre caliente de los mártires nos dejó en las galerías de sus Coronas, su mano se hace suave y se enternece al presentarnos la gracia primaveral de santa Eulalia leyendo, con celestial sonrisa, el nombre amado de Cristo escrito con sangre de su sonrosada carne virginal.

O es la púrpura rosa de amor divino, el castísimo lirio de pureza de la virgen romana, santa Inés, que se llena de júbilo al ver venir al verdugo, más aún que si llegara un apuesto y galante joven rebosante de perfumes.

¿Qué hay más exquisito y delicado que aquella senda de blancas alas que los ángeles tendieron al paso triunfal de su espíritu colombino rumbo a los celestes alcázares?. ¿O aquella otra escena del himno de San Román, en el tormento y martirio del tierno chiquitín, Bártula, que hizo rodar las lágrimas por las duras mejillas de sus crueles sayones?.

La gárrula locuacidad del rapazuelo y su ingenua confesión delante de Asclepiades le valieron el premio bárbaro de los azotes que hicieron gemir al infante como un gorrioncillo; la madre, émula de la de los Macabeos, anima al pequeño mártir, y, en apretado abrazo, lo lleva al verdugo, ofrenda primitiva de blanco recental, en el canastillo de Abel, despidiéndose de él sin derramar una lágrima, bañada en lloro su alma, con un beso infinito:

¡Adios, dulcísimo,
cuando feliz llegues al reino de Cristo,
acuerdate de tu madre!

Ante la candidez y la inocencia, la pluma de Prudencio se moja en las más rosadas tintas, en los más níveos resplandores.

La obra cumbre de nuestro vate en su Peristefanón, o el libro de las Coronas.

Ante la sangre derramada, ante los miembros desgarrados y el fuego abrasador y los garfios y las torturas, el numen del poeta se enciende en llama vivísima y su poesía fluye arrolladora como lava hirviente, ofreciéndonos cuadros plásticos de una cruda belleza realista, única, insuperable.

Nadie como él, dice Menéndez y Pelayo, se empapó en la bendita eficacia de la sangre esparcida y de los miembros destrozados.

Su libro escrito con esta misma sangre, se abre con dos nombres áureos—Emeterio y Celedonio—y se cierra con el perfume fragantísimo de aquella azucena pura, Inés, flor de Roma y de la Cristiandad. Y entre estos dos luceros del cielo hispano y aquella mansísima corderuela de la «Máxima» de la «áurea Roma», desfilan ante vuestra vista en fulgurante teoría, las palmas ilustres que los atletas de Cristo ganaron en triunfales combates

Y pasa el oscense Lorenzo—una de las siete columnas blancas, y munícipe perpetuo de la ciudad inenarrable—verboso y jovial, reclinado en su lecho de ascuas como en tálamo nupcial; pasa el pimpollo tierno y lozano de la emeritense Eulalia, sorbiendo con purpurino labio la llama voraz de la hoguera para llegar antes al encuentro del Esposo; pasa en tropel el cortejo victorioso de los mártires zaragozanos, precedidos por la estrella rutilante de la invicta amazona Engracia; pasa Vicente, el mílite, acérrimo, tostado y rejuvenecido con las llanas del ecúleo, pasa la triple diadema de los agonista tarraconenses, luchadores por Cristo en el anfiteatro. Por un momento, al pisar tierra extraña, la inspiración de Prudencio parece decaer, pero pronto vuelve a tomar nuevo ímpetu y vigor.

El martirio de San Casiano, maestro de escuela y ejecutado por sus propios discípulos, es pintoresco e interesante en extremo, y aquellos bribonzuelos hirieron furiosos, con los estiletes, a su preceptor, como un enjambre de avispas, es de una fuerza extraordinaria.

Y viene la avenida desbordada del Himno de San Román, cuyo fuego torturador es apagado por fresca lluvia, y cuya lengua fieramente segada, sigue su habla abundosa, y la visión realísima de San Hipólito arrastrado y despeñado por caballos indómitos, y la cabeza truncada del Santo Obispo Cipriano.

Para el himno de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo, nuestro poeta fué testigo ocular de las fiestas que en Roma se celebraban en su honor, y sus versos ruedan en sonoras oleadas, al describirnos las grandiosas solemnidades que en la gran Urbe tenían lugar y las suntuosas basílicas que la fe y devoción del pueblo romano habían erigido a Pablo, Heraldo del Evangelio, y a Pedro, Pastor de las naciones.

En Roma, la pupila de Prudencio se ensancha y magnifica,

abarcando con mirada aquilina el pasado, el presente y el porvenir de la Ciudad Eterna, la **pulcherrima** Roma, puesta por Dios en la cumbre de todas las grandezas, para que sometidos a su yugo todos los pueblos de la tierra, en todas las partes del mundo, los hombres vivieran como ciudadanos de una misma ciudad e hijos de un mismo hogar, sujetos a unas mismas leyes y unidos entre sí por el amor de una misma religión; que no hay unión digna de Cristo, si una misma creencia no abrazara a todas las gentes.

Y esta visión sublime, este panorama gigantesco de unidad romana bajo el imperio de Dios que el cantor cristiano de la Urbe ya había presentido y entonado en proféticas estrofas áureas puestas en boca de San Lorenzo, Cónsul Perpetuo de la Ciudad, sobre el trono incandescente de sus parrillas, vióla ahora convertida en deslumbradora realidad, bajo el gran Teodosio, y cantóla en versos magníficos, majestuosos y rotundos; versos que marcan el vértice de la cima en su vuelo de águila caudal.

EPIGRAMA

—Mi buen Andrés, ¿qué suceso
así te turba y te apena
que estás tan triste y tan serio?
—Me veo cargado de deudas
y ninguna pagar puedo—
—¡Bah! ¿y por esto te inquietas?
¿pero tú no sabes que eso
es cuidado del que presta?

Lo insaciable

Un cuerpo sano, vigoroso y fuerte
mi espíritu anhelante deseó,
en quien la sangre indómita bullera
rimando una canción;
y oí a la Salud que me decía:
Eso te ofrezco yo.
La gran Venus de Milo en carne viva
mi espíritu anhelante deseó
y que mi cuerpo por su forma fuera
del mundo admiración;
y la Belleza susurró a mi oído:
Eso te ofrezco yo.
El mágico poder del Viejo Midas
mi espíritu insaciable codició
y con cetro de oro gobernando
ser del orbe señor;
y la Riqueza me gritó triunfante:
Eso te ofrezco yo.

La Tierra convertida en una trompa
mi espíritu soberbio ambicionó
cuya potente voz cantara un himno
elevado a mi honor;
y oí luego el cuerno de la Gloria;
Eso te ofrezco yo.
Y tuve la Salud y la Belleza
y Oro y Gloria el Hado me ofrendó
y no viví feliz. La dicha llena
la da sólo el Amor
que yo, Cupido, en el alma enciendo:
Eso te ofrezco yo.
Y ardió en su llama deleitosa y dulce
que mi espíritu amante apeteció,
como en un mar ardiente de ventura,
mi pobre corazón,
que en su centro sintió un gran vacío
do el Amor no llegó.
Un vacío tan hondo, tan profundo
que su sima no vió ni Salomón;
ni Venus, ni Cupido, ni la Gloria
ni el Oro rellenó:
que este vacío en el alma puesta
lo colma sólo Dios.

A Vísperas

La nieve que, mansamente, mudamente, ha estado cayendo durante la mañana, blanquea aún inmaculada y pura en los campos y en el monte; el río, el Cidacos, ha ido arrastrándola a su paso, dejando aquí una islita, allí, un vallecito, más allá, en un recodo, un empinado cucurucho. En algunas calles, por la calzada, brilla a trechos, intacta y blanquísima, a trechos sucia y mancillada por el paso de los transeúntes, o por las pisadas de las caballerías que marcan unas huellas enormes.

De las aceras también ha desaparecido ya, convertida en feo lodo o en agua turbia y cenagosa, y en los tejados donde yacía, menuda amable. calladita, ha salido un rayo de sol de entre unas nubes, le ha hecho una caricia amorosa y blanda tocándola con sus tibios dedos sonrosados y ella ha empezado a esponjarse, a desmoronarse, a derretirse y a caer por los aleros, primero, en claros chorrillos fríos, continuados o intermitentes, y luego, en gruesas y pausadas goteras que lucen un momento an-

es de desprenderse y caen después con un chasquido confuso y desagradable.

La ciudad que estaba aletargada, extática, como hechizada por el encanto de la nieve, se ha removido indolente con la salida del sol, y en las calles antes dormidas, desiertas, se han oído pasos y voces; han chirriado algunas puertas con un sordo ruido, se han visto abrir los postigos de algunas ventanas por las que se ha colado un rayo pálido de luz, y una campana se ha puesto a tocar con extraño son en no sé dónde.

¿Habéis notado qué angustiosa impresión, qué inexplicable sentimiento os sobrecoge a veces, al percibir esos ecos perdidos de una campana que suena confusa y distante y que nadie escucha y atiende?.

—Qué son esas campanas que tocan?—he preguntado—

—Es la Catedral,—Daquino; llaman a vísperas a los canónigos.

Y arrebujándome en una amplia capa, con paso lento, me he ido a la Catedral.

D. Pedro se me ha cruzado en el camino. D. Pedro es un señor alto y recio; anda a grandes zancadas y pisa fuerte. D. Pedro me ha saludado, con la boca y la cara enfundadas en una tupida bufanda de lana gris; él ha proseguido a grandes pasos, y yo, con los míos, cortos y tardos, he proseguido también mi paseo.

Unos golpecitos dados con los nudillos en los cristales de un mirador me han hecho levantar los ojos hacia él y a mis oídos han llegado un poco apagadas las palabras de doña Margarita, tras las vidrieras: ¡Buenas tardes, Daquino, de paseo, eh? Sí, el «astro» parece apacible.

Yo he sentido un gozo dulce, íntimo, abundante, al oír las palabras sencillas y vulgares de doña Margarita. En un momen-

to, con la mente, he visto el interior de su casa: D. Lucas está plácidamente leyendo en un libro de gruesas pastas doradas, junto a la gran mesa de nogal, llena de papeles; en un extremo del cuarto, al lado de la estufa que, de vez en vez, por algunos intersticios, exhala unos hilillos de humo caliente, están sentadas Carmen y Lolita, a la vera del costurero. Carmen—grandes ojos azules y rubia cabellera—mueve con rapidez los bolillos, que al chocar suavemente, producen una musiquilla extraña. Lolita—cabellos castaños y glaucos ojos inquietos, inclinada hacia su hermana, le está hablando despacito con la mirada perdida en un mundo de ensueño; Manolín, un angel rubio y regordete, llena el suelo de tiras y recortes de papel, empleado en su obsesionante pasión de fabricar aviones que luego intenta hacer volar por la atmósfera caldeada y densa de la estancia con aterrizajes en lugares inverosímiles.

El tufillo de la estufa se ha metido subrepticiamente por las narices de D. Lucas que ha hecho una fuerte aspiración seguida de un prolongado resuello.

—¡Hijas, chiquitas, esa estufa!—ha exclamado sin levantar la vista del libro Las hermanas se han interrumpido, y Lolita retornando los ojos de su país encantado, los ha vuelto primero hacia su padre, y después hacia la estufa, a la vez que, badila en mano, se ha aproximado a ella.

Yo también he hecho una profunda aspiración que ha cortado rápida un estornudo impidiéndome contestar a doña Margarita, y de nuevo, he oído su voz lejana: ¡Jesús, cuidado Daquino, que se enfría usted!.

He alzado otra vez mis ojos al mirador y con un movimiento de cabeza, he dado las gracias a doña Margarita. Y luego he seguido mi camino, La Plazuela de las Boticas brilla con el agua

que mana de las calles adyacentes, y su airecillo frío ha rozado mi frente con un halago molesto y desabrido.

¿Será esta sensación de malestar que ha recorrido mis miembros bañándolos en una unción sutilísima de melancolía, la que me ha hecho sentir con más tristeza que nunca las vísperas de la Catedral? Al pisar las lavadas piedrezuelas de su entrada mis oídos se han llenado del canto armonioso del órgano del templo que como un líquido sonoro que trasudaran sus muros, envolvían toda la fábrica en un halo musical y cristalino; de súbito, he experimentado una suave alegría. Me he figurado a la Catedral repleta de público, bellamente iluminada, ataviada con sus purpúreas colgaduras e impregnada en el oloroso incienso que en retorcidas espirales de blanco humo se elevaban a besar las esbeltas palmeras de sus majestuosas naves.

Las voces de los canónigos que salmodiaban las Horas eran empapadas en los chorros de armonía que brotaban de las bocas metálicas del órgano y llenando el ámbito del templo, caían sobre los fieles numerosísimos como un nuevo maná, saturando sus almas de todo deleite y suavidad.

La ilusión ha sido tan perfecta que creyéndola realidad casi me he apresurado a traspasar el santo umbral, y de pronto, con acerbo desaliento, como el que despierta en el momento en que con mano fácil iba a tocar la dicha que el sueño le presentara, una bocanada de aire húmedo y frío me ha hecho volver en mí de la ficción en que el eco de la música me había sumido un instante

Y envuelto en ese relente de impalpable contrariedad y desencanto que deja en nuestra alma, al romperse, la rosada burbuja que hinchó nuestra fantasía, he bajado la escalinata de la Catedral, sintiendo en cada grada de descenso una más fuerte sensación de agobio, una más viva impresión de frialdad, como

si la atmósfera del templo fuera una gran piscina de invisibles y graduadas capas de agua superpuestas en las que yo me iba introduciendo como en un baño helado.

La música sonaba realmente, pero el templo yacía desierto y sumergido en una semioscuridad que borraba el contorno de llas cosas; solamente unos mortecinos rayos de luz que filtrándose por las altas vidrieras policromas descendían por esta laguna de sombras, hacía esclarecer con raro brillo ora el rostro de una imagen, ora una parte de retablo, ora las flores de hierro de una artística verja.

Y las sombras, como temerosas de ser descubiertas y aniquiladas por estos rayos de luz que temblorosos se descolgaban de los ventanales, haciendo mil siniestras contracciones, se replegaban y huían sigilosas, escondiéndose abultadas, densas, casi palpables, detrás de las estatuas, entre los nichos, en los arcos, en las bóvedas, por entre los altares y los retablos, dondequiera que había un resquicio, un rinconcillo, un hueco; y allí permanecían acurrucadas, recelosas, esperando que desapareciera el rayo que las encarcelaba; para de nuevo, en un momento, dilatarse, estirarse, largas, enormes, sinuosas, y cubrirlo todo otra vez con su velo de misterio.

Y las voces del órgano como tocado por unas manos invisibles seguían sonando, sonando. En un instante creí verme en un castillo encantado, abandonado de luengos años por sus moradores y habitado por espíritus y hadas celestes, por genios de la música, que, al abrigo de los hombres y de los ruidos humanos, tañían sus arpas y sus liras, entonando un himno de alabanza al Creador. ¿Quién no ha sentido una impresión semejante al oír flotar y perderse por los ámbitos penumbrosos y vacíos de nuestra Catedral, los acentos melodiosos de su órgano magnífico ?

De repente, como por ensalmo, cesó el canto, quedando vibrando solamente, enhiesto como una espada refulgente y sonora, un acorde armonioso y valiente que hizo enmudecer a todo el concierto con una voz de trueno, larga y granada, que se fué suavizando, diluyendo, apagando, hasta no quedar de ella más que un murmullo lejano, un zumbido sordo y confuso como de abeja que impone silencio y toca a queda en la maravillosa república bullente de un colmenar.

Mas luego las voces de los canónigos seguían también resonando por las espaciosas naves. Y aquellas voces, gritos dados en el desierto, finas perlas aladas, sin el aliento caliente del pueblo circundante que las recibiera y hechas rosas de himnos vivientes las alzara al Altísimo en olor de suavidad, retumbaron en los oídos de mi alma con extrañas resonancias, con insólitas vibraciones: eran voces de angustia y ayes doloridos del corazón humano que, entre ahogos desgarradores y congojas de agonía, lloraban sus pecados y pedían misericordia al Señor, aquel Señor que despliega el velo de los cielos como una tienda de pastores, que levanta con el meñique de su diestra la inmensidad del Orbe, que mira a los mundos y éstos tiemblan ante su presencia terrible, que toca con sus dedos divinos los montes, y éstos humean y se licúan. Y el pobre ser humano, aterrado ante tanta grandeza, despavorido ante tanta majestad, se estremece y gime como un pajarillo abandonado, y este lastimero píar llega hasta los oídos de Dios que, humillando los cielos de su poder y el trono de su gloria, baja hasta la ruindad de su criatura, hecho todo piedad y compasión infinitas e inenarrables.

Y entonces el hombre, renacido con la esperanza del perdón divino, recreado con la sonrisa inefable de Jehová, se deshace en cánticos de gloria, se derrite en voces de alabanza y en acentos rendidísimos de adoración; e impotente, les pide prestadas sus

voces a todas las criaturas, para con todas ellas formando una estrofa única, inmensa, —Universo— elevarla como un canto gigante ante el acatamiento de Dios.

Y enardecido por el deseo de ver la gloria del Señor, muriendo de amor por habitar en los atrios de la Jerusalén celestial, sus pies se mueven impacientes por hollar aquellas calles y plazas pavimentadas de vidrio y de piedras preciosas; sus ojos se elevan a la altura ardiendo par atisbar aquellos muros hechos de plata y de oro y cuajados de jacintos y de rubíes, y aquellas torres coronadas de abundancia y de paz, y aquellas fuentes y ríos que manan leche y miel; y su alma ansía asociarse a aquella multitud innumerable que rodea al Cordero, de toda lengua y raza y color; ceñidas con palmas y olivos, y envueltos en blancas vestiduras, que cantan, con arpas dulcísimas, un cantar siempre nuevo.

Y mientras llega aquel momento suspirado, el alma mecida con la esperanza de tan arrobadoras visiones, arrullada con el deseo de tanta bienandanza, se duerme confiada y tranquila, bajo el escudo invulnerable del Eterno, a la sombra fecunda y blanda de sus alas.

Cuéntase de La Fontaine, el célebre fabulista francés, que entusiasmado cierta vez con la lectura del profeta Habacuc, salió a la calle gritando: ¿Habéis leído a Habacuc?

De muchos cristianos, aún de los que se tienen por cultos y leídos si les preguntáramos como el bueno de La Fontaine: ¿Habéis leído a David? ¿Habéis leído sus Salmos? ¿Conocéis las Horas canónicas?, obtendríamos idéntica respuesta: No sabemos quién es David, no sabemos qué escribió; ignoramos eso de Horas.

Cuando más de David, el gran Poeta rey, una idea vulgar e infantil, de escuela o de catequesis; y de las Horas canónicas,

ni eso siquiera, pues su noción se reduce a sólo un zumbido extraño e indescifrable como de abejas en colmenas.

E ignoran los tales que las Horas canónicas son el tributo de la alabanza que la Iglesia oficialmente levanta al Hacedor, el canto perenne que la Humanidad alza al Creador en hacimiento de gracias y de adoración, la nube de incienso que noche y día sube hasta el trono del Altísimo para desarmar su cólera y tornarle indulgente y misericordioso, el himno de gloria que la criatura eleva al Creador. Mientras el hombre, absorto en los mil quehaceres cotidianos de la vida, se distrae y se olvida de que es hombre, criatura dependiente de Dios, la Iglesia, Madre y Maestra. no olvida su misión, y entona contínuamente este rosario de loores que son las Horas, en que los Salmos de David son como la maravillosa urdimbre de este riquísimo centón sobre el que van bellamente entretejidas las preciosas margaritas evangélicas, y las flores más exquisitas de la piedad y sabiduría cristianas.

Al salir de Vísperas, el sol aun seguía acariciando blandamente la nieve de los campos, las ramas desnudas de los álamos del río, que se quejaban con un leve gemido, y los relucientes tejados que continuaban destilando hilillos de cristal. Un carro arrastrado por un caballejo escuálido rodó por la carretera dejando, sobre el asfalto, las lodosas huellas de sus llantas; un rebaño de ovejas, con las patas llenas de barro y las lanas mojadas y sucias, subió hacia el Arrabal, apiñadas y aturdidas por el perro guardián, todo enfangado, que las acorralaba con sus ladridos y carreras incesantes.

Los canónigos, uno tras otro, han ido saliendo todos de la Catedral; han charlado en grupos unos momentos, jocosos, tranquilos, placenteros; algunos han salido rápidos y, enfundándose en el manteo, han marchado presurosos; otros, de dos en dos, caminaban un trecho en silencio, luego se paraban hablan algo

en voz baja y caminan otra vez; alguno, viejecito, bordoneando con el bastón, marcha fatigosamente, quedamente, se detiene un poco y mira al horizonte amarillento, luego mira la cuesta como midiendo la distancia y empieza a subir de nuevo, jadeante, cabizbajo, meditativo. Algunos pasan y le saludan afectuosos:

—¡Buenas tardes, don Abundio!, de vísperas, ¿eh?

—La cuesta se le hace ya demasiado pina, don Abundio.

Don Abundio mueve la cabeza como no resignándose a darles la razón, mientras golpea con el cuento del bastón, que rebota sobre el cascajo descarnado de la acera; después alza la frente y saluda sonriente

Pasa un caballo haciendo salpicar el barro de los baches, el agua cenagosa de los charcos y alguna que otra chispa, al resbalar en las piedras de la calzada.

De las chimeneas, tibias y blanquecinas como de incienso, se levantan columnitas de humo, y ruego con el Profeta: ¡Que mi oración suba hasta Ti, Señor, como el perfume del incienso!

CANTARES

I

Si quieres pescar merluzas
no te vayas a la playa;
vete a "La Pastelería"
que allí se pescan sin caña.

II

Si yo tuviera poder,
la fuente "Los trece caños"
en vino convertiría
para echarme cuatro tragos

III

El año cuarenta y ocho
miren si sería seco
que nos dieron, sin bautizo,
el vino los cantineros.

IV

El vino de Calahorra,
sus pimientos y tomates
son más rojos que ningunos,
como regados con sangre.

2

EPIGRAMAS

En estos tiempos tan malos
que están las cosas tan caras,
vi a la puerta de Inés
un gran cartel que rezaba:
Aquí se venden pimientos
a una peseta la lata.
Extrañado del suceso,
se lo referí a Colasa
que me dijo socarrona:
Creo que se expone Inés
a quedar desnarigada,
pues no hay pimiento morrón,
al natural ni de lata,
más grande ni más rojizo
como el que tiene en su cara.

A la calle Carreteros,
o a la del Sol, yo no sé,
fué a comprar un cabestro
el bueno de Juan José.
Y le preguntó el tendero:
—¿El cabestro es para usted?
Y el otro, noble y sincero,
contestó de buena fe:
—¡Claro que sí, caballero!

BREVE COMPENDIO [1]

DE

HISTORIA CALAHORRANA

ANTES DE CRISTO

Calahorra Násica Julia

Los orígenes de nuestra Ciudad se pierden entre las nieblas de las más remotas edades. Según los autores, la etimología de la palabra Calahorra envuelve la idea de altura, ribera y río; y Násica significa algo así como *de río, o de junto al río,* accidentes geográficos todos que concurren en nuestra ciudad De ella hablan escritores tan antiguos como Estrabón y Tolomeo.

Aníbal

Parece probado que el gran caudillo cartaginés la atacó e intentó dominarla, y, que no pudiendo rendirla por las armas, la

(1) Extractado de la *Historia de Calahorra y sus Glorias,* por el P. Lucas de San Juan de la Cruz.

asedió y cercó, sometiéndola a un sitio tan horroroso que sus defensores devoraron los cadáveres de los que iban sucumbiendo.

Sertorio

En sus luchas contra Pompeyo y Metelo, el general Sertorio la hace centro y refugio de sus correrías guerreras, derrotándolos en sus cercanías varias veces que intentaban sitiarlo Aquí se rodeó de una guardia de elegidos soldados, cuya fidelidad fué tal que hubo algunos que, muerto su jefe, creyeron un deber de conciencia no sobrevivirle: Bebricio.

Fames calagurritana

Por haber seguido el partido de Sertorio, y por su indomable resistencia, Afranio, capitán de Pompeyo, le hizo sufrir un espantoso cerco. Fué tan extrema la carestía de víveres a que se redujo a los sitiados que éstos se hubieron de alimentar de las carnes de sus muertos, las cuales salaban para conservarlas por más tiempo y prolongar así la resistencia. Este hecho inaudito dió origen a la célebre frase «*hambre calahorrana*», universalmente conocida.

César y Augusto

Vencido Pompeyo, Julio César y su sobrino Augusto la reedificaron y hermosearon dándole el sobrenombre de Julia y dotándola de escudo: una Matrona que representa a la Ciudad, empuñando un brazo con la mano izquierda, y una espada, en la derecha; abajo, dos brazos desnudos con espadas, combatiéndose, y la inscripción: *Praevalui in Romam et in Cartaginem:* (Prevalecí contra Cartago y Roma). Además crearon la cohorte calagurritana de que tantas alabanzas hacen los escritores por

sus actos de valor e inquebrantable lealtad. Entonces obtuvo también el privilegio de Municipio romano y la facultad de acuñar monedas, llegando a ser un Centro docente de gran importancia, y, probablemente también, Colonia romana.

DESPUÉS DE CRISTO

SIGLO I - XV

Quintiliano

El gran orador y retórico latino, Marco Fabio Quintiliano, nació en Calahorra. Escribió entre otras obras. las famosas «*Instituciones oratorias*». Año 42-120.

Santiago y San Pablo

Según la tradición, Santiago (34-44) y San Pablo (63-67) predicaron primeramente el Cristianismo en nuestro suelo, dejando este último por Obispo, un discípulo suyo llamado Félix.

Santos Mártires

Bajo Dioclesiano y Maximiano, como más probable, y por el año 304, sufrieron martirio en nuestra ciudad los gloriosos soldados Emeterio y Celedonio, cuyo triunfo cantó bellamente Prudencio en su Himno I del Libro de las Coronas. La Tradición también cuenta como Mártires a sus Obispos Maximiliano (en Arnedo) y Paciano.

Aurelio Prudencio

Nació en Calahorra el 348 y murió en 405 o 410. Fué el mayor poeta cristiano que escribió en latín, sobresaliendo entre sus

obras el libro de *Los Himnos,* y el de las *Coronas,* en loor de los Mártires españoles y romanos. El canto VIII de las *Coronas,* está dedicado al Bautisterio que existió en el mismo lugar donde derramaron su sangre nuestros ínclitos patronos.

Calahorra, goda

En 572 la ocupa Leovigildo.

Calahorra, en Toledo

Su Obispo Munio asiste al III Concilio de Toledo, año 589.

Calahorra, árabe

En 711, cae en poder de los árabes bajo cuya dominación permanece hasta el año 750 que la conquista Alfonso I, el Católico.

Ramiro I

Tras muchas vicisitudes, Ramiro II, la toma después de la batalla de Clavijo, celebrando aquí Cortes e instituyendo el Voto de Santiago. También parece haberse iniciado entonces la Orden de Santiago. Año 844-849.

Almorrid

En 932, el árabe Almorrid destruye el templo cristiano, y en 1045, la arrebata definitivamente a la morisma García II, de Navarra, quién trasladó de Nájera a Calahorra la Sede Episcopal. Por los años de dominio árabe, recorrió nuestra ciudad y toda la Rioja el Santo Obispo y Cardenal Gregorio Osciense que fué enviado por el Papa Benedicto IX para conjurar una terrible plaga de langosta; obró muchísimos milagros.

El Cid

Por disputas surgidas por la posesión de nuestra ciudad entre los reyes de Aragón y Castilla, dícese tuvo lugar en ella un duelo memorable del que salió vencedor el Cid Campeador, ganando así a Calahorra para su rey Fernando I, de Castilla

Sede a Calahorra

Alfonso VI, la conquista en 1076 y restituye a Calahorra, desde Armentia, su Sede Episcopal, trasladada antes allí.

San Funes

Fué aragonés y tomó parte con Alfonso el Batallador en la conquista de Zaragoza, año 1118. Dedicado a corregir los grandes vicios y desórdenes de su tiempo, fué apuñalado cerca de Clavijo, siendo Obispo de Calahorra.

La Paz de Calahorra

Para dirimir sus contiendas y evitar nuevas guerras, en 1140, se entrevistaron en nuestra ciudad, Alfonso VII de Castilla y García Ramírez de Navarra, concertándose el casamiento del hijo del primero, D. Sancho, con doña Blanca, hija de García.

Sede a Santo Domingo

En 1230, el Obispo D. Juan Pérez, trasladó su Sede a Santo Domingo de la Calzada, que, poco después, en tiempos de Fernando III, el Santo, quedó a una con nuestra ciudad como capital de la Diócesis, con residencia alterna del Prelado en ambas.

Cofradía de los Mártires

El año 1312, fundóse la Cofradía de los Santos Mártires, de tanta vida espiritual y de tanto arraigo en nuestra ciudad.

Enrique II

En 1366, es proclamado aquí rey de Castilla, Enrique de Trastamara, que luego llamaron el de las Mercedes.

Toma de la Guardia

El linajudo D Diego López de Zúñiga, Obispo de Calahorra, tomó por las armas a la ciudad de la Guardia que pertenecía al reino de Navarra.

SIGLO XVI-XX

Los Franciscanos

Habitaron primeramente en la iglesia que hubo junto al Cidacos, llamada del Salvador, y en 1570, se trasladaron adonde en tiempos pasados debió estar el castillo romano y el Palacio del Rey, levantándose allí, con los años, una hermosa iglesia y espaciosos edificios adyacentes de los que parte aún se conservan—la actual iglesia de San Francisco—y parte se han ido arruinando y demoliendo a partir de la exclaustración de los religiosos, año 1835, en que fueron dedicados a diversos usos profanos.

Fiestas de Agosto

El Obispo D. Juan Quiñones, hace el traslado de las fies-

tas de los Santos Patronos del día 3 de Marzo al 31 de Agosto. Año 1571

La Inquisición

En 1570, Felipe II muda a Logroño de Calahorra el Tribunal de la Inquisición que estuvo situado en la calle de la Estrella.

Fray Juan de Jesús María

Tercer Prepósito General de los Carmelitas Descalzos. Varón santísimo, latinista y escritor ilustre y sumo teólogo y místico, fué hijo de Calahorra y una de sus más preclaras glorias. Fué director espiritual de Cardenales y Santos y hasta el mismo Papa acudía a él en demanda de consejo. Murió en 1715, y su cuerpo incorrupto yace en Montecompatri (Roma)

La Venerable Feliciana de San José

Nacida en nuestra ciudad de los claros señores Juan Basilio de Santoro y de Ana López de Ulloqui-la Madre del Socorro-fué monja carmelita de esclarecido talento y santidad, célebre además por sus escritos y austeridad de vida.

El dominico Padre Ibáñez

Vió la luz primera en Calahorra. Varón de muchas letras, prudencia y santidad, fué confesor de Santa Teresa, a quien ayudó mucho en su Reforma; de él hace la Santa grandes elogios en sus escritos.

Médicos ilustres

D. Pedro García Carrero, médico de Felipe III y Felipe IV Muy alabado por Lope de Vega y otros ingenios de su tiempo.

escribió meritísimos tratados de Medicina. Fueron también médicos eminentes, nacidos en nuestra ciudad, D. Juan del Castillo, D. Diego de Andosilla y D. Vicente Ezquerra, los dos últimos, además, escritores distinguidos.

Singular compañía

Durante la guerra de Sucesión y viéndose en peligro de caer en poder de las tropas del Archiduque Carlos, la ciudad de Tarazona, el entonces Obispo de Calahorra, D. Alonso de Mena hizo un llamamiento a todos los sacerdotes útiles de la Diócesis para ir en auxilio de la vecina ciudad Episcopal.

Parroquias

La más antigua y única (pues aunque existieron otras iglesias, como la de Santiago el Viejo y la de San Andrés, no tuvieron carácter parroquial hasta el siglo XVI y aun después) fué la de Santa María en la Catedral; actualmente tiene como capilla propia la magnífica de los Santos Mártires. La de San Andrés parece haberse edificado sobre un templo pagano o mezquita haciéndosela remontar al siglo VI; en los siglos XI y XII y XVII y XVIII fué reconstruída y ampliada. La de Santiago en su conjunto, data del siglo XVI y XVIII y vino a reemplazar a la que del mismo nombre, existió en la calle de Santiago el Viejo, año 1570. En nuestros días y para atender debidamente al gran núcleo de población que se extiende por las carreteras de Arnedo y Logroño, creóse la titular de los Santos Mártires Emeterio y Celedonio, radicada en el Hospital.

Edificios eclesiásticos

La Catedral.—Su fábrica actual data de muy diversas épo-

cas y estilos siendo, a lo que parece, sus más antiguas construcciones del siglo XII. La torre es de los siglos XV y XVI, obra de D. Pedro González de Mendoza, luego Cardenal y de D. Alonso de Castilla; la puerta de San Jerónimo, de lo más artístico que posee, del siglo XVII, así como también el crucero, capilla mayor y coro; la fachada principal, del XVII. Entre todas las joyas que su interior encierra merece muy particular mención el cuadro de Tiziano, *Santa Margarita de Cortona.*

El Palacio—obra del siglo XVI y XVIII.

El Seminario—hoy Instituto de Segunda Enseñanza, se debe a la iniciativa del Obispo D. Juan Luelmo Pinto, 1781.

Casa Mitral—(Teresianas) Edificio de sólida y bella construcción, obra del Sr. Obispo D. Francisco Mateo Anguiriano, y que costó un millón de reales.

Un gran bienhechor

Lo fué el muy ilustre señor D. Gaspar de Miranda, de los Mirandas de Calahorra y Obispo de Pamplona. Varón de muchas y muy grandes virtudes, fué notabilísimo por su generosidad que le llevaba a repartir entre los pobres y en multitud de obras benéficas sus cuantiosas rentas a la vez que él vestía y vivía pobre y modestamente.

Guerra de la Independencia

Durante este período, Calahorra estuvo varias veces, en poder de españoles y franceses, hasta el año 1813 Con este motivo y en diversos tiempos, pisaron nuestro suelo, José Bonaparte, los generales franceses Morlot, Soissons y otros, de triste memoria, y nuestra ciudad hospedó a los españoles Lapeña, Castaños, Palafox, Conde de Montejo, etc. Fué des-

tituído el entonces Obispo Sr. Anguiriano y encarcelado el Cabildo Catedral y el Alcalde, cometiéndose muchos actos de vandalismo.

Zumalacárregui

En 1834, durante las luchas carlistas, Zumalacárregui sitió a nuestra ciudad, obligándole a levantar el sitio la oportuna llegada del General Lorenzo. En este mismo año, el cólera hizo entre nosotros grandes estragos.

Una visita regia

Fué la efectuada a nuestra ciudad en 1871 por D. Amadeo de Saboya, durante su corto reinado en España.

Ocupación carlista

En la segunda guerra carlista, Calahorra fué ocupada por éstos.

Una jornada memorable

Tuvo lugar en Calahorra el 10 de Junio de 1892 cuando nuestra ciudad en masa se manifestó contra el designio de trasladar a Logroño la Sede Episcopal, consiguiéndose, con esta enérgica y unánime protesta, la revocación de este proyecto

Los Cármenes

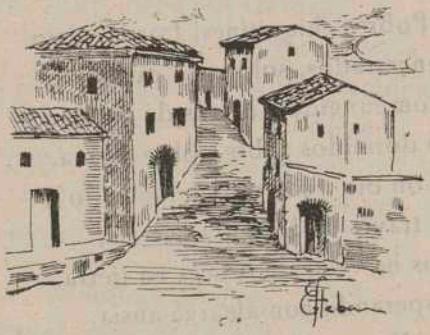
El de Monjas C e r r a d a s se inauguró por el año 1598 y se debe al señor Obispo D. Pedro Manso, a quien siendo

canónigo en Burgos le predijo Santa Teresa que llegaría a ser Obispo.

El de Carmelitas Descalzos fundóse en 1603; al ser éstos expulsados en 1835, quedó reducido a sólo la iglesia que fué encomendada a un ermitaño; en 1883, lo habitaron y restauraron los Padres franceses, volviéndolo a ocupar los religiosos españoles de la Orden en 1921.

Los Agustinos

Fué fundado este convento en 1894, y es actualmente centro de formación religiosa entre los hijos de esta excelsa Orden.



Los nenes de la obrera

¡Angeles custodios,
extended sobre ellos las alas
mientras falta del nido caliente
la madre que trabaja en la fábrica!.

¡Pobres chiquitines! Los he visto
encerrados, solitos en casa,
compungidos, detrás de la puerta
o dormidos sobre pobre manta.
Con ojo avizor contemplando
a través de la negra cerraja,
los he visto de bruces en tierra,
esperando con amarga ansia.
—¿Y tu madre, chiquito?—le digo.
—Trabaja en la fábrica—
me responde con tono apenado.
—¿Y te quedas tú solo, sin guarda?
—No, señor, conmigo
se queda en la casa mi hermana.

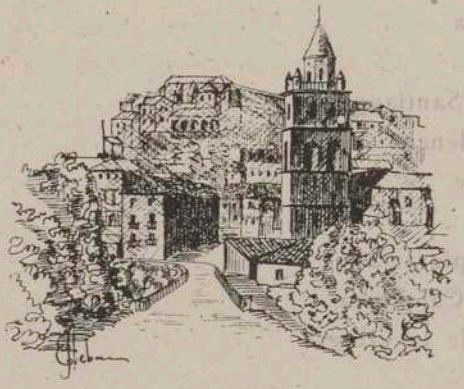
—Pues yo no la veo.
—Ha *'dío'* por agua.
Y el pequeño, sentado en el suelo,
con la vista en la puerta clavada,
aguarda, impaciente, las horas
que vuelva la mama.
Para el chiquitino
los instantes son horas muy largas;
y para la madre,
siglos son cada hora que pasa.
Si queréis corazones ajados,
si queréis almas
que viviendo no viven en sí,
marchad al taller o a la fábrica
donde haya obreras que dejan
sus hijitos pequeños en casa.
Vedlas abstraídas, absortas,
más que seres vivientes son máquinas.
con el alma arrancada del cuerpo
y puesta en sus caras extrañas.
¡Podres chiquitines! ¡Con madres,
y viviendo ya solos, qué lástima!

¡Angeles custodios,
extended sobre ellos las alas
mientras falta del nido caliente
la madre que trabaja en la fábrica!

Esperad un poquito, pimpollos.
de los cielos y tierra la gracia;
no lloréis, mis vidas,
secad esas lágrimas;

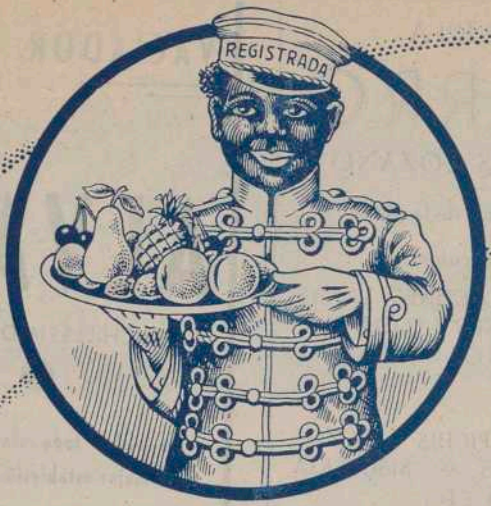
no lloréis por frío, no lloréis
por hambre, ni por besos de mamas,
que de aquí a muy poco la madre
llegará amorosa, abiertas las alas,
como clueca, como águila amante
que va a su nidada,
y comida tendréis y cariño
y arrullos y caricias cálidas,
porque cada momento que lejos
de vosotros pasa
son leños que avivan el fuego,
son las llamaradas
que caldean y atizan el horno
de su alma en brasas.
Abrid los piquitos
que ya llega ufana
a colmaros de mieles y mimos
de arrumacos, caricias y nanas...
(Los ángeles mismos
que sus alas de ellos no apartan,
si fueran capaces de envidia,
envidia tomaran
de los tiernos arrullos maternos).
Dulces avecillas,
gozad de la santa
amorosa presencia, el tiempo
que es dado el gozarla.
Y vosotras, las madres obreras,
que sudando ganáis la soldada,
puesto en Dios vuestro rico tesoro,
marchad confiadas,

que el Señor que no olvida las aves
del aire, ni del campo la grama,
y se cuida del lirio del valle
que es hoy una flor
y una mata marchita mañana,
vuestros hijos tampoco un instante
dejará de su santa mirada:
Quien a ellos toca,
la niña del ojo a Dios mismo daña.
Regresad tranquilas,
volved descuidadas
que los guardias que este Señor pone
"no se van por agua"
Y vosotros, guardianes benditos
de esta inquieta e implume pollada,
vigilad, incesantes, sus pasos,
y extended sobre ellos las alas
mientras falta del nido caliente
la madre que trabaja en la fábrica.



INDICE

	Págs.
Al Lector	3
A Calahorra	5
Al Bautisterio de Calahorra	7
Pregón de Fiestas	9
El Cid	12
Coloquio Verdulero	18
El Planillo de San Andrés	24
Arrabalera	28
Romance Callejero	31
Becquerianas	35
La Custodia Catedralicia	36
El Carmen	42
La Campana del Milagro	46
Viva Miranda	65
A la Matrona	68
Atardecer	68
El Reloj de Santiago	69
Aurelio Prudencio	71
Lo Insaciable	79
A Vísperas	81
Cantares y epigramas	90
Historia de Calahorra	91
Los Nenes de la Obrera	102



Francisco Moreno, S. A.

(FUNDADA EN 1902)

FABRICANTES de CONSERVAS FINAS

Calahorra

ESPECIALIDADES:

FRUTAS CRISTALIZADAS · FRUTAS CONFITADAS

Pastas de frutas

Mermeladas

MERCERIA

EL CURRO

Viuda de JESUS LOZANO

De las más antiguas de la plaza

Le ofrece los mejores artículos en:

MEDIAS - CALCETINES - LANAS
CONFECCIONES Y TODA CLASE DE GENEROS DE PUNTO

Especialidad en:

CAMISAS - PICHIS - BUZOS
PANTALONES - BISUTERIA
PERFUMERIA ETC.

Antes de hacer sus compras, no deje de visitarla, donde encontrará cuanto necesite

Toriles, 6 - CALAHORRA

VACIADOR

Ramón

ALVAREZ

CUCHILLERIA DE TODA CLASE

Se afilan toda clase de herramientas
El mejor establecimiento en este ramo

C. Río. 3 - Calahorra

Soldadura autógena y eléctrica

Restauración de camas

Dionisio Clemente

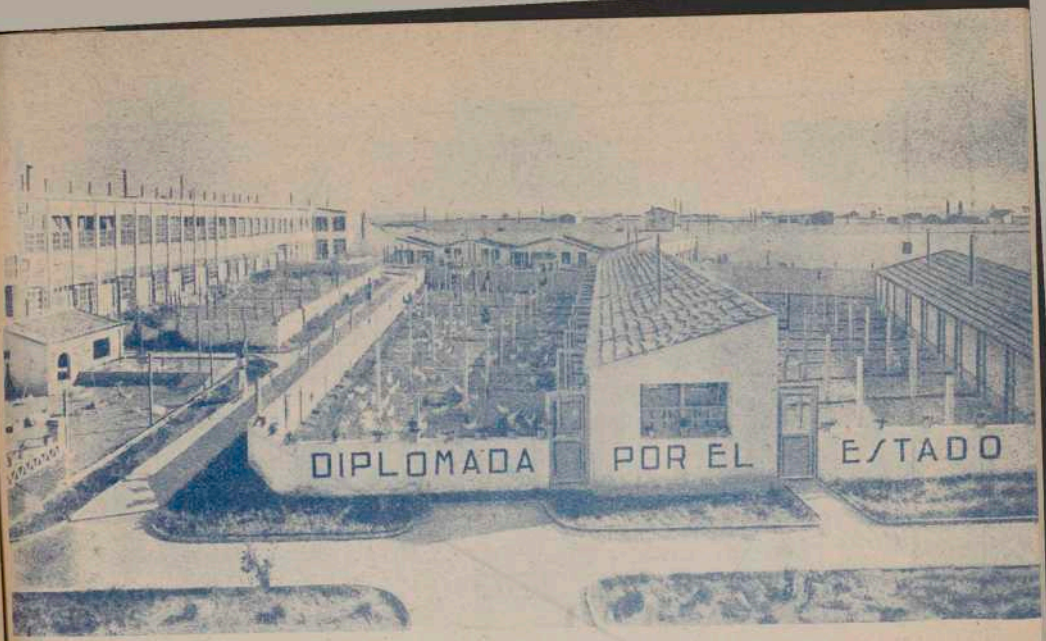
Travesía, Bebricio, 3 - Calahorra

Casa ORTIZ

VINOS Y COMIDAS

Exquisitos licores de todas clases
Cerveza y Sidra fresca

Mercadal, 10 CALAHORRA



VISTA PARCIAL

GRANJA
La Planilla

DIPLOMADA POR EL ESTADO

*

AVICULTURA
PATICULTURA
CUNICULTURA
SUIDOS

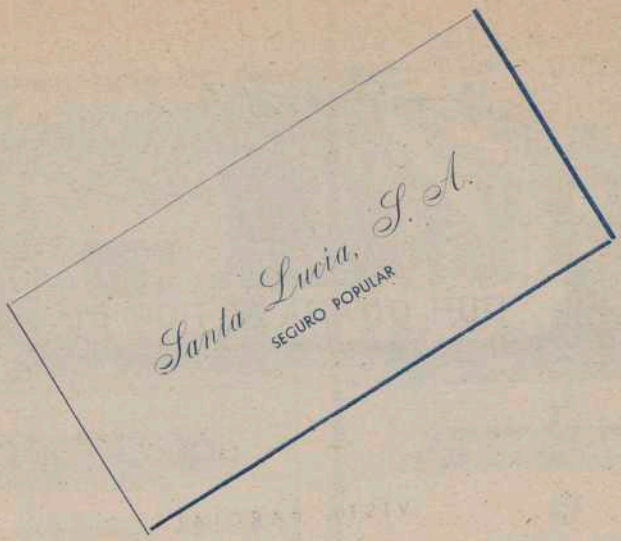
*

SALA DE INCUBACION
AGNIFICAS INSTALACIONES

CALAHORRA (Rioja)

VISTA PARCIAL DEL ESTANQUE

VISTA PARCIAL DE CUNICULTURA



"EL ALMACEN" - Los mejores vinos - **Jacinto Ortega** - Raón, 2 - CALAHORRA

La mejor propaganda para una casa comercial es verla siempre llena de compradores.

MOLINERO Y MAJAN

presenta siempre los mejores surtidos, a precios asequibles a su distinguida clientela.

ANTES de HACER sus COMPRAS VISITE esta CASA

RASO, 12
Teléfono, 169

CALAHORRA

DOS MARCAS

CERAMICA

DEL

CARMEN

Y

CONSERVAS

MURO

◆

Teléfono, 18 CALAHORRA

TRANSPORTES
RAPIDOS

Hijos de Manuel Ruiz Navajas

(EL BRINDO)

SERVICIO DE TRASLADO DE MUEBLES - REPARTOS Y RECOGIDAS DE TODA CLASE DE BULTOS A DOMICILIO - FACTURACIONES - ARRASTRES ETC.::::::

CAVAS, 62
TELEFONO, 44
CALAHORRA

BAR
Deportivo

REFRESCOS - SIDRAS - CERVEZAS

ESPECIALIDAD EN VINOS TINTOS BLANCOS, Y CLARETES
SERVICIO A DOMICILIO
APERITIVOS Y LICORES DE TODAS CLASES
ESMERADO SERVICIO

Si quiere pasar un rato agradable visite "Bar Deportivo"

Carretera Arnedo Teléf. 21

Conservas

VIRTO

- Comercio de Tejidos
- Ferretería
- Transportes por camión
- Coches de Alquiler

DIRECCIONES:

FABRICA: Teléfono, 3
OFICINAS: Teléfono, 4

AZAGRA (Navarra)

Automotor, S. L.

REPUESTOS Y ACCESORIOS

GRAN TALLER DE REPARACIONES

NEUMATICOS:

MICHELIN
GALINDO
PIRELLI

CAMIONES DE TRANSPORTES

Servicio semanal a Zaragoza

ESMERADO SERVICIO

Bebricio, 31 CALAHORRA Teléf. 192

Peluquería de señoras **BLANQUITA** José M.ª Adán, 13 - **CALAHORRA**

Carnicería "EL PICA"

LA CASA MAS POPULAR

SEGUNDO CASTILLO

CORDEROS Y TERNERA DE LECHE

Plaza de Abastos—Puesto, 23 CALAHORRA

El Metro

VINOS TINTOS • BLANCOS Y CLARETES

AL POR MAYOR

MOLINO DE PIENSOS

Magnífica seleccionadora de granos para siembras.

V. GOMEZ GALLO

Cavas, 60 Teléfono, 100 CALAHORRA

¡ No lo dude ! Su juventud, felicidad y elegancia, depende del aspecto y cuidado de su cabello.

¡ No vacile ! Pida a sus peluqueras, la nueva permanente a la crema sin ninguna clase de liquidos.

En la Peluquería "LIBEL" (La Morena)

Conseguirá toda clase de servicios de ultima novedad

GRANDE, 22 - 2.º

CALAHORRA

Máquinas "SIGMA" - Julián Les - Reparaciones - Cuesta del Rio, 15 CALAHORRA

FABRICA DE CONSERVAS
VEGETALES Y ALMIBARES

Conservas

DIAZ, S. L.
EXPORTACION

Telegramas "UNIVERSAL"
Teléfono, 45 - Apartado, 13

CALAHORRA
(ESPAÑA)

Bar
AVENIDA

ESPECIALIDAD EN CERVEZAS Y SIDRA FRESCA - CAFE EL MAS EXQUISITO - LICORES DE LAS MEJORES MARCAS - APERITIVOS DE TODAS CLASES - VINOS TINTOS, BLANCOS Y CLARETES

* * *

EL MAS CONCURRIDO

CAVAS, 32
CALAHORRA

MUEBLES

JACINTO GARRIDO

LOS MEJORES Y MAS BARATOS

Mártires, 24 y 26 CALAHORRA

Nicolás Martín

(HIJO DE DOMINGO MARTIN)

TALLER DE CONSTRUCCION Y REPARACION DE TODA CLASE DE CARROS

Taller: Bebricio, 4
Domicilio: Cuesta del Río, 19

CALAHORRA

CERAMICA

Hijos de Ona, S.L.

FABRICA DE LADRILLOS Y TEJAS - TUBERIAS DE HUMOS BOBEDILLAS PARA PISOS

CALAHORRA (RIOJA)

OFICINA: Teléfono, n.º 81

FABRICA: Teléfono, n.º 70

TRANSPORTES

Víctor Arenzana

EL MEJOR SERVICIO DE TRANSPORTES

AVISOS: Toriles, 33 Teléfono, 357

Calahorra

¡Carbones! **Emilio Lapuerta** - Son los mejores - Paz, 3 y C. Esquinas, 2 - CALAHORRA

Si quiere vestir bien, visite
la
SASTRERIA
NAVAJAS

Para permanentes, peinados, manicura, depilación
la
PELUQUERIA DE SEÑORAS
TERE
C. Esquinas, 4 - CALAHORRA

CONSTRUCCIONES
Hijo de
Pedro Diez
Arizmendi
Teléfono, 136 Calahorra

TEJIDOS CONFECCIONES
La Zaragozana
PABLO FERRER
LA CASA MAS ACREDITADA
Ahorrará tiempo y dinero
efectuando sus compras
en este establecimiento
Plaza Quintiliano, 10 CALAHORRA

Calzados
ACHUTEGUI
SIEMPRE ULTIMAS NOVEDADES
Lo más elegante a precios sin competencia
Antes de hacer sus compras, visite este establecimiento donde hallará un gran surtido en todas sus especialidades.
(Proveedor de Santa Lucía S. A.)
Mayor, 2 CALAHORRA

Exportador de frutas - **Alfonso Oliván** - Hortalizas verdes y secas - Tel. 292 y 272 - CALAHORRA

Peluquería FELIPE LORENTE - Especialidad en entresacados
Santiago, 9 CALAHORRA

CONSTRUCCION Y REPARACION DE MAQUINARIA
MAQUINARIA Y UTILES PARA LA FABRICACION
DE ENVASES METALICOS PARA CONSERVAS
EQUIPOS COMPLETOS PARA LA FABRICACION
DE TAPON CORONA Y CIERRES DE
FRASCOS DE VIDRIO

Mercadal, 33 - CALAHORRA - Teléfono, 83

Ferretería
Los Aragoneses
DOMINGO BROCAL
LA MEJOR SURTIDA
CUARTOS DE BAÑO - MATERIAL
SANITARIO EN GENERAL
Artículos de caza y para cazar.
PORTALES, 14
TELEFONO, 36
CALAHORRA

PHILIPS
PHILIPS - RADIO
LA GRAN MARCA
DE EXCEPCIONAL CALIDAD
DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO:
Bella
Grande, 9 CALAHORRA Teléfono, 256

En el Comercio SANMARTIN no pidas precios baratos, pide GENEROS
BUENOS - Portales 16 CALAHORRA

B L

Losantos

SASTRERIA - CAMISERIA - TEJIDOS NOVEDAD

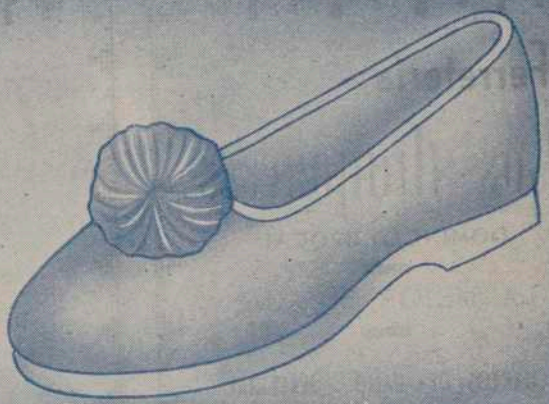
Calahorra

Mártires, 3 y 7

Teléfono, 158

SOL

MARCA REGISTRADA



ZAPATILLAS EL SOL

Hijos de Justo A. Aguirre, S. L.

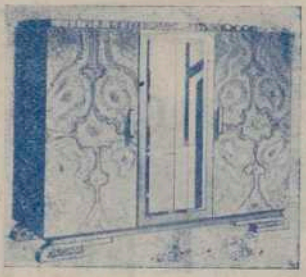
Teléfono, 143

CALAHORRA

TRAPOS B A R O J A CALAHORRA

José María Cabezón

EBANISTERIA
MECANICA
Y TAPICERIA



CONSTRUCCION
Y REPARACION
DE MUEBLES

Cuatro Esquinas, 18 2.°
Domicilio: Heras, 4

CALAHORRA

BAHIA

APERITIVOS
HELADOS
REFRESCOS
CAFE - LICORES
DE LAS MEJORES
MARCAS

¿Ha probado V. la horchata?
Visite esta Casa y exija este refresco.

Calle del Teatro, 1 CALAHORRA

Acaba de aparecer el
nuevo competidor

CALZADOS

R. Arenzana

El que más barato vende
y el que más caro trabaja

(Proveedor de Santa Lucía S. A.)

Mayor, 29 CALAHORRA

"LA VIÑA" Casa VICTORIANO - Vinos por mayor y menor - S. Antón, 7 - CALAHORRA

VIAJANTES
NEGOCIANTES
HUESPEDES

BAR-RESTAURANTE

EL TUNEL

Cocina selecta, Habitaciones, Baño, Vinos, Licores, Refrescos, Aperitivos, Mariscos, Sidra, etc.

Como en años anteriores en EL TUNEL, los peores

San Antón, 19-Telf. 277 CALAHORRA

CASA AZNAR

(Junto a la iglesia de Santiago)

INMENSO SURTIDO EN TODA CLASE DE TEJIDOS
NOVEDADES - CONFECCIONES - PAÑERIA

Plaza del Raso, 6 CALAHORRA

Transportes "Ochoa"

MADRID - BARCELONA - LOGROÑO - BILBAO
ZARAGOZA - IGUALADA - VITORIA

Agente en Calahorra **Ignacio Vea** Santiago, 36 Teléfono, 117

La confección de
LOS ZAMORANOS
se distingue de todas las demás

PLAZA DEL RASO, 6 - TELEF. 269
CALAHORRA

ABONOS MINERALES MARCA «LA CORONA»

REGULO MORENO
ARNEDO (RIOJA)

Sucursal en CALAHORRA Mercadal, 51 - Teléfono, 286

PANADERIA

DE

SEBASTIAN OSMA

Elaboración perfecta — Servicio esmerado

Especialidad en pastas y encargos para bautizos y bodas

¿Quiere comer asado bueno y barato?

¡Pues vaya Vd. al Horno "EL TATO"!

P. DE LA PLAZA - CALAHORRA

MIGUEL MARTINEZ

TALLER DE BOTERIA

SE CONSTRUYE Y ARREGLA TODO LO CONCERNIENTE A DICHO RAMO

Se alquilan pellejos para aceite y vino

Cuesta del Río, 19 — CALAHORRA

PUBLICIDAD EBRO

R
11

R
158